

La lógica del género y la comunización

ENDNOTES COLLECTIVE *Dossier*

Cuando Marx habla de la reproducción no se refiere a la producción y reproducción de alguna mercancía en particular, sino que está preocupado de la reproducción de la totalidad social. Sin embargo, cuando las feministas marxistas hablan de la reproducción, a lo que se refieren generalmente es a la producción y reproducción de la mercancía fuerza de trabajo. Esto se debe a que, en la crítica de Marx, la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción de la totalidad capitalista está incompleta.

EXCURSOS
—2&3DORM

La lógica del género y la comunización

Nuestros agradecimientos van para Julio Cortés por sus atentas correcciones finales y para las autoras del texto, Maya González y Jeanne Neton, por su colaboración en esta edición. Especiales agradecimientos para Jeanne por responder oportunamente a las dudas que surgieron durante la traducción de estos textos y por compartir borradores que facilitaron enormemente el trabajo.

Traducción y notas introductorias, **JM—2&3DORM**

Impreso en ESTUDIO CERRO / estudiocerro@gmail.com

Primera edición, 2018 / 100 ejemplares Versión digital

La lógica del género y la comunización

ENDNOTES COLLECTIVE

Dossier

EXCURSOS

—2&3DORM

NOTAS INTRODUCTORIAS

Los defensores del orden afirman que la prostitución es el trabajo más viejo del mundo, para nunca decir que la más vieja prostitución del mundo es el trabajo.

—BOLETÍN LA OVEJA NEGRA

Nadie es otra cosa que su patrimonio, sus ingresos, su posición y sus oportunidades. La máscara económica y lo que hay tras ella coinciden en la conciencia de las personas hasta en los pliegues más sutiles. Cada cual vale lo que gana, cada cual gana lo que vale. Experimenta lo que es en las alternativas de su vida económica. No se conoce como otra cosa.

—ADORNO Y HORKHEIMER

En 1846 se publicó un poco conocido trabajo de Marx llamado *Peuchet: acerca del suicidio* en la revista renana *Gesellschaftsspiegel*. Se trata de una traducción comentada de una serie de casos extraídos de los archivos policiales de Peuchet, funcionario de la restauración francesa. Tres de las cuatro historias recogidas en el texto refieren a mujeres. Se presenta el caso de una joven costurera que se arroja al Sena como resultado de la cólera de sus padres luego de pasar la noche en casa de la familia de su novio; la historia de una joven casada que se mata después de estar sometida al encierro violento administrado por un marido herido por su repentina deformidad; y el caso de una joven huérfana rica que, embarazada de su tío y sin poder abortar, prefiere saltar a un pozo. En cada caso, el suicidio se convierte en el recurso más extremo contra los males de la “vida privada” a la que estaban condenadas las mujeres en tanto propiedad de sus maridos y padres. En la reseña de estos casos Marx pone de manifiesto el carácter social del impulso autodestructivo que atraviesa a los individuos sometidos a los imperativos y restricciones específicas de la comunidad del trabajo asalariado.

Según los análisis de Marx, lo que diferencia a la sociedad capitalista moderna de otras sociedades no capitalistas es que en ella el trabajo se constituye como forma de mediación social. Se trata de una nueva forma de interdependencia social donde las personas no consumen lo que producen, ni sus productos son distribuidos de acuerdo a las normas de la tradición, relaciones de parentesco o de dominación personal, sino que el trabajo mismo, más concretamente, la venta de la capacidad para trabajar, se transforma en la condición esencial para el acceso a los medios de vida. El que las relaciones sociales se constituyan por el trabajo es una cuestión única desde el punto de vista histórico y genera formas de dominación impersonales y abstractas que abarcan la totalidad de la existencia social.

Los textos que presentamos a continuación se abocan a la tarea de desentrañar la naturaleza históricamente específica de la relación hombre/mujer en el capitalismo. Estos textos buscan entender cómo la división antagonica de la humanidad en hombres y mujeres —sobre la base de una diferencia anatómica que determina roles sociales específicos y atributos subjetivos peculiares— sirve a la reproducción del orden social basado en la acumulación del (supuesto)¹ valor que el trabajo asalariado produce.

A lo largo del siglo xx, distintos movimientos feministas han apuntado a diferentes aspectos de la sociedad capitalista donde se objetiviza el lugar subordinado de las mujeres: la asignación naturalizada del trabajo doméstico y reproductivo, la violencia misógina, la feminización de la pobreza, la desigualdad salarial, etc. Sin embargo, ninguno de estos aspectos considerados de manera aislada puede ayudarnos a entender por qué aquellos asignados al destino mujer ocupan un lugar “especial”

1 Decimos “supuesto valor” para señalar que nuestra actividad práctica produce objetos, servicios, conocimientos... no valor. El valor es la forma que adquiere nuestra actividad bajo la dictadura capitalista, es una abstracción social que determina el consumo de nuestra capacidad para trabajar, pero no un producto directo de esta. Quizás lo más correcto sería decir que *solo* en la sociedad capitalista el trabajo “produce” valor.

para el Capital ni menos por qué la categorización de la humanidad en hombre/mujer, o el género como categoría esencial de existencia social, es necesario para la expansión del modo de producción centrado en la extracción de trabajo. Creemos que esta cuestión debe ser abordada por la crítica anticapitalista para que nuestra lucha en actos termine de una vez por todas con la totalidad de las condiciones que enajenan cotidianamente nuestras fuerzas vitales y someten la satisfacción de nuestras necesidades al cálculo de la ganancia. Hoy es más importante que nunca realizar esta tarea crítica, pues asistimos a la más profunda crisis de reproducción de la relación capital-trabajo. Por todas partes los síntomas de la desintegración se dejan ver: tanto en la creciente velocidad de destrucción de la base natural de las sociedades, como en las epidemias de las masacres masivas y la soledad allí donde el capitalismo se ha desplegado de forma más total².

El texto que abre este dossier, *La comunización y la abolición del género*, ofrece un primer recuento sobre la génesis de la cuestión del género al interior de la corriente comunizadora. Sin ánimo de hacer proselitismo político ni de abanderarnos por tal o cual teoría, nos parece importante publicar este texto, pues, a diferencia de otros análisis, *la teoría de la comunización recupera la perspectiva de una tradición de lucha centrada en la abolición concreta e inmediata de las relaciones capitalistas en las que los trabajadores se reproducen a sí mismos como trabajadores*. Según esta corriente, la revolución adquiere esta forma particular, pues el propio desenvolvimiento de la relación capital-trabajo, al exacerbar las

2 A propósito, quisiéramos ofrecer algunos ejemplos bastante ilustrativos de la dimensión de la miseria. En Estados Unidos los jóvenes enfrentan la muerte en masa en las escuelas: según algunas estadísticas oficiales, en las primeras 6 semanas del 2018 hubo 18 tiroteos masivos en diferentes escuelas a lo largo del territorio, lo que arroja, en promedio, una matanza escolar cada 60 horas en lo que va del año. Por otro lado, en Japón la gente muere sola. La primera vez que este fenómeno llamó la atención de la llamada “opinión pública” fue el caso de un hombre de 69 años cuya muerte pasó desapercibida por tres años. Y es que en la miseria capitalista nadie nota la muerte de un solitario que sigue pagando las cuentas mediante transferencias electrónicas automáticas. Sin embargo, cuando los ahorros del cadáver se agotaron en el 2000, las diligentes autoridades se aparecieron en el departamento solo para encontrarse con un esqueleto tumbado en el piso de la cocina.

diferencias entre los miembros de la clase trabajadora, ya no le permite a los proletarios afirmar su identidad como tales y organizar su lucha sobre esta base. Por lo tanto, la abolición de todas las divisiones de la vida social se presenta como la única alternativa posible para superar la creciente desintegración. Esta abolición solo puede ser llevada a cabo de manera directa por quienes están sometidos a la relación de clase y supone acabar con todas las categorías de socialización que articulan la totalidad capitalista (mercancía, trabajo, dinero, valor, Estado, etc.). En este sentido, nos parece importante el aporte de este texto, pues elabora, entre otras cosas, al respecto de la necesaria abolición de la relación de género, junto con la clase, en la praxis revolucionaria.

En cuanto al segundo texto, *El circuito basado en el género: Leer El Arcano de la Reproducción*, se trata de una revisión de las ideas centrales de un trabajo desechado por la tradición marxista que responde a la importante pregunta de cómo llega la fuerza de trabajo lista para ser consumida por el Capital al mercado de trabajo. Nos parece necesario incluir este texto, puesto que sirve como una primera aproximación a las categorías que luego serán desarrolladas en extenso, aunque con algunos cambios, en *La lógica del género*. Como veremos, la teorización que se expone en este trabajo apócrifo permite situar, por primera vez, la esfera del trabajo reproductivo no-pagado —como una necesaria condición de existencia del trabajo asalariado— dentro del circuito de reproducción del capital, al distinguir entre un tipo de actividades *directamente* productivas y otras que no lo son y de las cuales los hombres han sido tradicionalmente relevados a través de la estructura de la familia. De este modo, el Capital asigna a la clase trabajadora en general, y a las mujeres en particular, el costo de la reproducción generacional del proletariado.

Finalmente, el texto que cierra el dossier, *La lógica del género*, realiza la importante labor de criticar los términos binarios heredados del discurso feminista (productivo/reproductivo, pagado/no-pagado, público/privado, sexo/género) que, careciendo de especificidad histórica,

no permiten entender las transformaciones en la relación de género a partir de los cambios estructurales de los años 70³. Nos parece necesario publicar este texto no solo por su importante labor esclarecedora, sino que también por su aporte a la comprensión de la lógica procesual de la reproducción capitalista. En este sentido, este texto propone dos categorías que permiten comprender el vínculo dinámico entre la producción de valor, la relación de género y la reproducción de la fuerza de trabajo: la esfera directamente mediada por el mercado y la esfera indirectamente mediada por el mercado. Lo que distingue a estas esferas es la reproducción mercantilizada: mientras que las actividades llevadas a cabo en la esfera directamente mediada por el mercado son reconocidas socialmente como trabajo mediante el salario, aquellas que ocurren en la esfera indirectamente mediada por el mercado no cuentan con tal reconocimiento social aunque son fundamentales para la reproducción del sistema basado en la extracción de la capacidad para trabajar.

Lo interesante de esta teorización es que demuestra que la reproducción del Capital ocurre en esferas duales dentro del mismo modo de producción basado en el trabajo asalariado. La separación de las esferas mencionadas anteriormente se deduce a partir del análisis de la esencial contradicción capitalista entre el valor de uso y el valor de cambio de

3 A partir de esta década se observa la creciente importancia del sector de los servicios para la acumulación capitalista. Según un estudio realizado por la UNCTAD, entre 1980 y 2015, el peso de los servicios en el producto interno bruto aumentó a nivel global de manera excepcional. En las llamadas “economías desarrolladas” este aumento fue del 61% al 76%, mientras que en las “economías en desarrollo” fue del 42% al 55%. Así mismo, se estima que a nivel global el sector de los servicios emplea al 49% de la población. Particularmente, el 75% del total de los trabajadores de las economías desarrolladas se encuentra empleado en el sector de los servicios, mientras que en las economías en desarrollo alcanza un 44%. Este giro ha sido denominado por algunos como el “giro feminizador” de la economía porque esta tendencia ha incorporado masivamente a las mujeres a la explotación capitalista. A propósito, según otro estudio realizado por la OIT, en el 2010 el 75.5% de las mujeres ocupadas en Latinoamérica y el Caribe lo hacía en el sector de los servicios concentrándose en dos ramas particularmente: el comercio (mujeres: 25.6%, hombres: 19.1%) y los servicios comunales, sociales y personales (mujeres: 42.3%, hombres: 16.7%).

la mercancía fuerza de trabajo. Como veremos, puesto que el valor (de cambio) de la fuerza de trabajo equivale *solo* al tiempo necesario para producir los medios de subsistencia que entran en el proceso de su reproducción, el trabajo que transforma esos medios de subsistencia en capacidad viva de trabajo es vuelto estructuralmente no-trabajo. Así pues, la producción de valor, cuya fuente reside en el consumo del valor de uso de la fuerza de trabajo, presupone la separación de las esferas directamente e indirectamente mediadas por el mercado.

Con respecto al género, este se define como el anclaje de cierto grupo de individuos a una esfera específica de actividades sociales (la esfera indirectamente mediada por el mercado). Este proceso ha operado históricamente de maneras diversas: primero, en la distinción de ciudadano/otro —que distinguía entre aquellos individuos que podían vender su fuerza de trabajo directamente (trabajadores libres) y aquellos condenados a hacerlo indirectamente a través de los que gozaban de la libertad capitalista (libertad de los medios de producción y libertad para venderse)— y, una vez que la diferenciación estructural fue inscrita en los cuerpos “biológicos” de los individuos, como una etiqueta de precio menor para la fuerza de trabajo de aquellos asignados al destino mujer.

Para finalizar, quisiéramos hacer un alcance con respecto a un proceso característico de aquellas sociedades industrializadas donde el Estado de bienestar está en crisis y que es descrito en *La lógica del género* como la “emergencia del abyecto”. Este proceso refiere al hecho de que las actividades reproductoras de la fuerza de trabajo, que antes eran provistas por el Estado como servicios, ahora son privatizadas bajo las demandas de la austeridad y se convierten en la carga del proletariado y sus mujeres. Creemos que en las sociedades que no conocieron un Estado de bienestar desarrollado este proceso puede observarse como una continua precarización de los pocos servicios que todavía son financiados (parcial o totalmente) por el Estado. Un ejemplo de lo anterior es el caso de Chile que durante la época de la dictadura militar en los años 70 atravesó un intensivo proceso liberalización y privatización de

los servicios sociales. En este lugar se observa un sostenido deterioro en la calidad de servicios tales como la salud y educación pública. A raíz de esto podemos observar todo tipo de intentos por organizar colectivamente esas labores reproductivas y de cuidados. Sin negar el potencial transformador que puede estar contenido en estas formas de autoorganización, este proceso usualmente tiende a reafirmar el género, procurando las condiciones para la mantención cada vez más precaria de la fuerza de trabajo en la época de la crisis.

Si puede servir de aliento para quienes enfrentan estos textos por primera vez basta decir que este material es necesario para la crítica anticapitalista porque desarrolla un lenguaje común con el que nombrar las relaciones que dan forma a nuestra condición. Si la contribución de estos textos se redujera solo a eso sería, sin lugar a dudas, tremenda, considerando el grado de confusión que reina —también— entre los que estamos tratando de entender la catástrofe humana y planetaria en la que estamos inmersos.

Invierno de 2018, Galaxidi

ADVERTENCIA DE LA TRADUCTORA

Traducir es siempre un trabajo complejo pues supone la pregunta sobre la relación dialéctica entre forma y contenido. En este caso particular, esta pregunta se hizo aún más fulminante. Por un lado, estaba el tema planteado por los textos, la explotación basada en el género en el capitalismo; y, por otro, la traducción al español supuso asignar un género a sustantivos y pronombres que en inglés no presentan tal determinación. A esto último se sumó, además, el hecho de que en uno de los textos aquí presentados las autoras algunas veces utilizan el pronombre *they* en su versión singular como pronombre de género neutro.

En esta traducción se descartó la utilización extensiva de las formas gramaticales “neutrales” que se ofrecen en español. A propósito de la crítica del uso del lenguaje y las reivindicaciones lingüísticas, nos parece que se quedan en formalismos transformando el problema del género en un asunto de mera representación. Creemos que la impugnación semántica que se propone a través de las formas *x*, *@*, *e* nos puede ayudar a entender más nuestro estado de impotencia que el proceso de diferenciación estructural que produce los sujetos que se busca reconocer con esos modos de expresión. *Él*, *ella* y *ellxs* no hacen más que existir como contradicciones organizadas del Capital, parte de su nuevo discurso integrador.

La traducción de *La comunización y la abolición del género* se realizó a partir de la versión del texto que puede encontrarse en *Communitization and its discontent* (2012). En cuanto a *El circuito basado en el género*, la traducción fue producida a partir del texto publicado en *Viewpoint Magazine* n° 3 (2013). Finalmente, *La lógica del género*, se preparó utilizando tanto la versión inglesa que se encuentra en *Endnotes* n° 3 (2013) como la versión francesa cuyo borrador fue proporcionado por una de sus autoras.

LA COMUNIZACIÓN Y LA ABOLICIÓN DEL GÉNERO

La civilización actual deja claro que sólo permitirá relaciones sexuales sobre la base de un vínculo solitario e indisoluble entre un hombre y una mujer, y que no admite la sexualidad como una fuente de placer en sí misma y sólo está preparada para tolerarla porque hasta ahora no hay un sustituto para ella como medio para propagar la raza humana.

—*El malestar en la cultura*, SIGMUND FREUD

La comunización no es una posición revolucionaria. No es una forma de sociedad que construimos después de la revolución. No es una táctica, una perspectiva estratégica, una organización o un plan. La comunización describe un conjunto de medidas que tenemos que tomar en el desarrollo de la lucha de clases *si es que alguna vez va a haber una revolución*. La comunización abole el modo de producción capitalista, incluido el trabajo asalariado, el intercambio, la forma valor, el Estado, la división del trabajo y la propiedad privada. Que la revolución deba tomar esta forma es una característica necesaria de la lucha de clases hoy. Nuestro ciclo de luchas no puede tener ningún otro horizonte, ya que el desenvolvimiento de las contradicciones del capital aniquiló las condiciones que requerían otras formas de revolución. Ya no es posible imaginar una situación en la que las divisiones sociales se disuelvan *después* de la revolución.

Puesto que la revolución como comunización debe abolir todas las divisiones en la vida social, también debe abolir las relaciones de género, no porque el género sea inconveniente u objetable, sino porque es parte de la totalidad de relaciones que diariamente reproducen el modo de producción capitalista. El género, también, es parte de la contradicción central del capital, y por tanto, debe ser desmantelado en el proceso de la revolución. No podemos esperar hasta después de la revolución para

que el problema del género se resuelva. Su relevancia respecto a nuestra existencia no se va a transformar lentamente ya sea por medio de una obsolescencia planeada o una deconstrucción lúdica, o a través de la igualdad de los distintos géneros o la proliferación de una multitud de diferencias. Por el contrario, para que haya revolución, la comunización debe destruir el género *en su propio curso*, inaugurando las relaciones entre individuos definidos en su singularidad.

El hecho de que la revolución adquiera la forma de la comunización no es el resultado de las lecciones aprendidas de viejas derrotas, ni siquiera del miserable fracaso de los movimientos pasados que intentaron resolver el problema del género. El que podamos o no discernir, una vez consumados los hechos, una estrategia victoriosa para los movimientos del pasado no dice nada sobre el presente, puesto que el capital ya no organiza una unidad entre los proletarios sobre la base de su condición común de trabajadores asalariados. La relación capital-trabajo ya no le permite a los trabajadores afirmar su *identidad* como tales y construir sobre esa base organizaciones capaces de asumir poder dentro del Estado. Los movimientos que elevaron a los trabajadores al estatus de un sujeto revolucionario todavía eran ‘comunistas’, pero comunistas de un modo que hoy no puede ser el nuestro. La revolución como comunización no tiene sujeto revolucionario, no tiene identidad afirmable: ni el Trabajador, ni la Multitud, ni el Precariado¹. La base real de cualquier identidad revolucionaria se ha desvanecido.

Por supuesto, los trabajadores todavía existen como clase. El trabajo asalariado se ha convertido como nunca antes en una condición universal de la vida. Sin embargo, el proletariado es difuso y está fracturado. Su relación con el capital es precaria. La sobreoferta estructural de trabajo es enorme. Una población excedentaria de más de un billón de personas —ansiosas por encontrar un lugar en las cadenas globales de producción de las que han sido excluidas— hace que sea imposible formar organizaciones de masa capaces de controlar la oferta de trabajo, excepto entre los estratos más privilegiados de trabajadores². El capital

ahora exagera, fragmenta y más que nunca depende de las divisiones entre los trabajadores. Los que alguna vez fueron los orgullosos portadores de una esencia revolucionaria universalmente relevante, la Clase Trabajadora, en su autonomía como una clase dentro del capitalismo, ya no puede construir su poder como una clase contra el capital. Hoy, *la revolución debe emerger de la separación del proletariado, como el único proceso capaz de superar esa separación*. Si la acción revolucionaria no abole de inmediato todas las divisiones entre proletarios, entonces no es revolucionaria; no es comunización.

En la actualidad, la propia incapacidad de los trabajadores para unirse en función de una identidad de trabajadores constituye entonces el límite fundamental de la lucha. Pero ese límite es a la vez el potencial dinámico de este ciclo de luchas que contiene en sí mismo la abolición de las relaciones de género y todas las otras distinciones fijas. No es ningún accidente histórico que el fin del ciclo de luchas anterior coincida con una revuelta contra el predominio del Trabajador —una revuelta en la que el feminismo jugó un rol importante—. Re-imaginar un movimiento de los trabajadores que no rebaje a las mujeres, a los negros y a los homosexuales a una posición subordinada es pensar un movimiento que carece precisamente del rasgo unitario/excluyente que alguna vez le permitió moverse. En retrospectiva, cada vez es más evidente que si la clase trabajadora (en tanto clase de todos aquellos sin acceso directo a los medios de producción) estaba destinada a convertirse en mayoría dentro de la sociedad, era improbable que el movimiento de los trabajadores organizara una mayoría clara a partir de sí mismo. La revolución como comunización no resuelve este problema, pero lo lleva a un nuevo terreno. Como topógrafos de este nuevo territorio, debemos evaluar el estado actual del movimiento práctico hacia el fin de las relaciones de género. También debemos ampliar la discusión de esta esencial medida comunizadora.

Hasta hace poco, la teoría de la comunización ha sido el producto de un pequeño número de grupos organizados en torno a la publicación de un puñado de revistas anuales. Si solo unos pocos de esos grupos se han hecho cargo de la tarea de teorizar el problema del género, es porque la mayoría de ellos se han mostrado totalmente desinteresados en examinar la base real de las divisiones que marcan la existencia de la clase trabajadora. Por el contrario, se han abocado a tratar de descubrir un anillo decodificador secreto³ revolucionario, con el que puede que sean capaces de descifrar los logros y fracasos de las luchas pasadas. Así, la mayoría de los partisanos de la comunización han pensado la revolución como una superación inmediata de todas las separaciones, pero llegaron a esta conclusión por medio de un análisis de *lo que la comunización tendría que ser para tener éxito ahí donde los movimientos pasados fallaron*, en vez de hacerlo apuntando a la especificidad histórica del presente⁴.

Por esta razón, la tendencia organizada en torno a *Théorie Communiste* (TC) es única, y nosotros en gran medida los seguimos en nuestra exposición. Para TC, la revolución como comunización solo emerge como una posibilidad práctica cuando estas luchas comienzan a ‘desviarse’ (*faire lecart*) a medida que el propio acto de luchar fuerza cada vez más al proletariado a *cuestionar y actuar en contra de su propia reproducción como clase*. De este modo, se abren ‘brechas’ (*lecart*s) en la lucha, y la multiplicación de estas brechas es en sí misma la posibilidad práctica del comunismo en nuestro tiempo. Los trabajadores queman o hacen explotar sus fábricas, exigiendo la indemnización por despido en vez de luchar por mantener sus trabajos. Los estudiantes ocupan las universidades, pero no a favor, sino que en contra de las demandas por las cuales están supuestamente luchando. Las mujeres rompen con los movimientos en los que ya son una mayoría, pues estos no pueden más que fracasar en su intento de representarlas. Y en todas partes, los desempleados, los jóvenes y los indocumentados unen fuerzas y aplastan las luchas de una minoría privilegiada de trabajadores, vol-

viendo a la vez obvia e imposible de sostener la limitada naturaleza de las demandas de estos últimos.

Frente a la proliferación de estas brechas en la lucha,

una fracción del proletariado, al ir más allá de la lucha basada en demandas, tomará medidas comunizadoras e iniciará así la unificación del proletariado que será el mismo proceso de unificación de la humanidad, es decir, su creación como el conjunto de relaciones sociales que los individuos establecen entre sí sobre la base de su singularidad⁵.

Para TC, las divisiones dentro del proletariado son, por lo tanto, no solamente aquello que se debe superar en el curso de la revolución, *sino también la fuente misma de esta superación*. Quizás por eso, entre los teóricos de la comunización, solo TC se ha dedicado a examinar la distinción de género, ya que es tal vez la división más fundamental dentro del proletariado.

El trabajo de TC sobre el género es relativamente nuevo, especialmente para un grupo que ha pasado los últimos 30 años afinando y reelaborando una y otra vez unas pocas ideas claves. Su texto principal sobre el género, escrito en el 2008, fue finalmente publicado en el 2010 (con dos apéndices adicionales) en el número 23 de su revista bajo el título *Distinction de Genres, Programmatisme et Communisation* [Distinción de Géneros, Programatismo y Comunización]. TC es conocido por sus formulaciones esotéricas. Sin embargo, con un poco de esfuerzo, la mayoría de sus ideas pueden ser reconstruidas de manera clara. Dado que su trabajo sobre el género es provisional evitamos usar citas extensas. TC afirma que la comunización implica tanto la abolición del género como la abolición de las relaciones capitalistas, pues las divisiones que sostienen al capitalismo sostienen las divisiones de género y las divisiones de género preservan todas las otras divisiones. Sin embargo, aunque TC avanza hacia el desarrollo de una rigurosa teoría materialista histórica de la producción del género, no hace mucho más que suturar el género

a una teoría ya existente del modo de producción capitalista (en gran medida, esto se debe a que se basan en el trabajo de una importante feminista francesa, Christine Delphy⁶).

Para nuestro contexto aquí, TC tiene una teoría particularmente fascinante de la comunización en la medida en que también es una periodización de la historia de la lucha de clases —que en sí misma corresponde a una periodización de la historia de la relación capital-trabajo—. Esto le otorga a TC una ventaja histórica única sobre las perspectivas actuales del comunismo. Fundamentalmente, TC se enfoca en *la reproducción de la relación capital-trabajo*, en vez de hacerlo en *la producción de valor*. Este cambio de enfoque le permite abordar el conjunto de relaciones que realmente construyen la vida social capitalista más allá de las paredes de la fábrica o la oficina. Y la relación de género se ha extendido siempre más allá de la esfera de la producción de valor.

I. LA CONSTRUCCIÓN DE LA CATEGORÍA ‘MUJER’

La mujer es una construcción social. La misma categoría de mujer está organizada dentro y a través de un conjunto de relaciones sociales a partir de las cuales la división de la humanidad en dos, mujer y hombre —y no solo femenino y masculino— es inseparable. De esta forma, se le otorga a la diferencia sexual una relevancia social particular que de otro modo no poseería⁷. La diferencia sexual recibe este significado fijo dentro de las sociedades de clases cuando la categoría de mujer se define por la función que la mayoría (pero no todas) las hembras humanas ejecutan, por un periodo de sus vidas, en la reproducción sexual de la especie. Por lo tanto, la sociedad de clases le otorga un propósito social a los cuerpos: puesto que algunas mujeres ‘tienen’ bebés, todos los cuerpos que posiblemente ‘producen’ bebés están sujetos a la regulación social. Las mujeres se vuelven las esclavas de las contingencias biológicas de su nacimiento. A lo largo de la extensa historia de la sociedad de clases, las mujeres nacieron en un mundo organizado solo para los hombres

—los ‘actores’ principales en la sociedad, *y en particular las únicas personas capaces de poseer propiedad*—. Las mujeres se convirtieron así en propiedad de la sociedad en su conjunto.

Puesto que las mujeres son, por definición, no hombres, están excluidas de la vida social ‘pública’. Para TC, esta delimitación del ámbito de las mujeres significa que no solo sus cuerpos son apropiados por los hombres, sino que también la totalidad de su actividad. Su actividad, tanto como su propio ser, es por definición ‘privada’. De esta forma, la actividad de las mujeres adquiere el carácter de *trabajo doméstico*. Este trabajo se define no como el trabajo hecho en el hogar, sino como el trabajo de las mujeres. Si una mujer vende telas en el mercado, es tejedora, pero si hace tela en su casa, es solo una *esposa*. Por lo tanto, la actividad de una mujer se considera simplemente como su actividad, sin ninguna de las determinaciones concretas que se le darían si fuera ejecutada por alguna otra entidad social más digna. La distinción de género hombre/mujer adquiere así un significado adicional como público/privado y social/doméstico.

¿Por lo tanto, es el trabajo no pagado de las mujeres para los hombres, incluyendo quizás su ‘producción’ de niños, una relación de clase o incluso un modo de producción (como Delphy lo denomina, el modo doméstico de producción)? TC define la sociedad de clases como una relación entre productores y extractores de excedente. La división social entre estos grupos constituye las relaciones de producción que organizan las fuerzas productivas con el propósito de producir y extraer excedente. Fundamentalmente, estas relaciones deben tener como su producto la reproducción de la relación de clase en sí. Sin embargo, para TC —y los seguimos en este punto— *cada modo de producción es ya una totalidad*, y, de hecho, la relevancia social del rol de las mujeres en la reproducción sexual cambia con el modo de producción. Esto no significa que las relaciones entre los hombres y las mujeres sean derivadas de las relaciones entre las clases. Significa, en cambio, que *las relaciones entre los hombres y las mujeres forman un elemento esencial*

de la relación de clase y no pueden pensarse como un ‘sistema’ separado que luego se relaciona con el sistema basado en la clase.

Por supuesto, esta discusión sigue siendo abstracta. La pregunta ahora es ¿cómo unimos nuestra historia de las mujeres con nuestra historia de la sucesión de los modos de producción? Para TC, *las mujeres son la fuerza productiva principal* dentro de todas las sociedades de clases, puesto que el crecimiento de la población es un pilar fundamental de la reproducción de la relación de clase. El crecimiento de la población como fuerza productiva primaria sigue siendo, a través de la historia de la sociedad de clases, la carga de sus mujeres. De esta forma, la *matriz heterosexual* se funda sobre un conjunto específico de relaciones sociales materiales.

Sin embargo, debemos recordar que la carga especial del parto antecede al advenimiento de la sociedad de clases. Históricamente, cada mujer tenía que parir, en promedio, seis niños solo para asegurar que al menos dos sobrevivieran para reproducir las generaciones venideras. La posibilidad de que una mujer muriera durante el parto, en el transcurso de su vida, era de casi una entre diez⁸. Quizás la idea de TC es que el advenimiento de la sociedad de clases —que registró un crecimiento masivo en el tamaño de la población— fortaleció la relevancia social de estos hechos. Pero *incluso antes del advenimiento de la sociedad de clases*, nunca hubo un régimen ‘natural’ de la reproducción sexual humana. La edad para casarse, la duración del amamantamiento, el número de niños nacidos, la aceptabilidad social del infanticidio: todo ha variado a través de las formaciones sociales⁹. Su variación señala una adaptabilidad única de la especie humana.

Sin embargo, nos preocupa menos la larga historia de la especie humana que la historia del modo de producción capitalista. El trabajo asalariado es fundamentalmente distinto tanto de la esclavitud antigua como del vasallaje feudal. En el sistema esclavista, los productores de excedente no tienen ‘relación’ con los medios de producción, pues los mismos

esclavos son parte de estos. La reproducción o mantenimiento de los esclavos es responsabilidad directa de sus dueños. Entonces, para los hombres y mujeres esclavos la distinción entre público y privado se disuelve, puesto que los esclavos existen enteramente dentro del ámbito privado. Tampoco cabe para los esclavos ninguna pregunta sobre la herencia de propiedad o las relaciones con el Estado tales como el cobro de impuestos. Curiosamente, hay evidencia que indica que el patriarcado fue, quizás por esta misma razón, más bien débil entre las familias de esclavos del sur de Estados Unidos¹⁰. En el sistema feudal, por el contrario, los productores de excedente tienen acceso directo a los medios de producción. El excedente es extraído por medio de la fuerza. El hombre campesino se posiciona en relación a esta fuerza externa como el representante público de la casa campesina. La propiedad pasa a través de *su* línea. Las mujeres y niños campesinos están confinados al ámbito privado de la villa que es en sí mismo un sitio de producción y reproducción. La familia campesina no necesita dejar su esfera privada para producir lo que necesita, sino que solo debe entregar una parte de su producto a los señores. Por esta razón, las familias campesinas se mantienen relativamente independientes de los mercados.

En el capitalismo, la vida de los productores de excedente está *constitutivamente dividida* entre la producción pública de excedente y la reproducción privada de los mismos productores. Los trabajadores, a diferencia de los esclavos, son su 'propia propiedad': existen solo si se hacen cargo de su propio mantenimiento. Si los salarios son muy bajos, o si sus servicios ya no son requeridos, los trabajadores son 'libres' de sobrevivir por otros medios (siempre que sean legales). La reproducción de los trabajadores no es, por tanto, responsabilidad del capitalista. Sin embargo, a diferencia de los vasallos, los trabajadores pueden hacerse cargo de su mantenimiento solo si vuelven al mercado de trabajo, una y otra vez, para encontrar trabajo. He aquí la esencia de la relación capital-trabajo. Aquello que los trabajadores ganan por la producción ejecutada socialmente en el ámbito público, es lo que tienen que gastar para reproducirse domésticamente en su propia esfera privada. Los

binarios de público/privado y social/doméstico están encarnados en la misma relación salarial. De hecho, estos binarios solo podrán colapsar con el fin del capitalismo.

Si los capitalistas fueran directamente responsables de la sobrevivencia de los trabajadores —y, por lo tanto, si su reproducción fuera removida de la esfera privada— *estos ya no estarían obligados a vender su fuerza de trabajo*. La existencia de una esfera de la reproducción doméstica separada (donde ocurre poca producción que no esté mediada por las mercancías compradas en el mercado) es constitutiva de las relaciones sociales capitalistas como tales. La actividad social se separa de la actividad doméstica a medida que el mercado se vuelve el mecanismo mediador del trabajo social concreto que se lleva a cabo fuera del hogar. La producción para el intercambio, que antes ocurría puertas adentro, deja cada vez más el hogar para ejecutarse en otro sitio. En este momento, la distinción entre público/privado adquiere una dimensión espacial. El hogar se vuelve la esfera de la actividad privada —es decir, el trabajo doméstico de las mujeres y el ‘tiempo libre’ de los hombres— mientras que la fábrica se encarga del carácter público y socialmente productivo del trabajo de los hombres.

Por supuesto, las mujeres siempre han sido trabajadoras asalariadas, junto con los hombres, desde que el capitalismo ha existido. Para TC, el carácter de género del trabajo doméstico de las mujeres determina que su trabajo, incluso cuando se lleva a cabo fuera del hogar, se mantenga como trabajo de mujeres. Es decir, se mantiene como trabajo asalariado de un tipo particular, a saber, como *trabajo improductivo*¹¹ o *de bajo valor agregado*. Las mujeres suelen emplearse en trabajos de media jornada y mal pagados, particularmente, en servicios (aunque hoy en día, por supuesto, hay al menos algunas mujeres en todos los sectores de la economía incluyendo entre los profesionales mejor pagados). Las mujeres usualmente realizan servicios domésticos en casas de otras personas o bien en oficinas y aviones. Cuando las mujeres trabajan en fábricas son segregadas en trabajos de mano de obra intensiva que

requieren de trabajo manual delicado, particularmente, textiles, confección y ensamble de aparatos electrónicos. Asimismo, el trabajo que se hace en el hogar se mantiene como trabajo de mujeres, aun cuando los hombres lo realizan, lo cual, en gran medida, no hacen.

En este sentido, una vez que el género se materializa en la relación salarial como una relación binaria pública/privada, TC deja de basar su argumento en el rol que las mujeres juegan en la reproducción sexual. El hecho de que el trabajo de las mujeres sea de un carácter particular fuera del hogar es verdadero solo por analogía al carácter del trabajo que realizan en el hogar. No tiene ninguna relación con los fundamentos materiales del rol de las mujeres en la reproducción sexual y, en este sentido, es más o menos ideológico. De la misma manera, TC define cada vez más el trabajo que las mujeres hacen en el hogar por su carácter como el trabajo reproductivo diario realizado necesariamente fuera de la esfera de la producción —y no en relación al rol que las mujeres juegan en los nacimientos, como la “fuerza principal de producción”—. Si, dentro del modo de producción capitalista, las mujeres son y siempre han sido trabajadoras asalariadas y trabajadoras domésticas, ¿por qué siguen siendo casi solamente *mujeres*? A medida que TC comienza a discutir el capitalismo, deja de lado su enfoque en la reproducción sexual, el cual desaparece bajo una concepción *materialmente infundada* del trabajo doméstico (aunque, como veremos, más tarde vuelven sus referencias a la biología).

Esta inadvertencia es un error importante. En el modo de producción capitalista, la segregación sexual del trabajo está directamente relacionada con la temporalidad de la vida de una mujer: como engendradora de niños, es la fuente principal de nutrición en edades tempranas (amamantamiento) y su cuidadora principal durante la pubertad. A lo largo de la extensa historia del capitalismo, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha descrito una ‘curva en M’ distintiva¹². La participación se eleva rápidamente a medida que las mujeres entran en la adultez, luego cae cuando las mujeres alcanzan sus tardíos veinte y

tempranos treinta años. La participación vuelve a elevarse lentamente a medida que las mujeres entran en sus tardíos cuarenta años antes de caer a la edad de jubilación. Las razones de este patrón son bien conocidas. Las mujeres jóvenes buscan trabajo de tiempo completo, pero con la expectativa de que dejarán de trabajar o trabajarán media jornada cuando tengan hijos. Cuando las mujeres entran en edad reproductiva declina su participación en la fuerza de trabajo. Las mujeres que siguen trabajando mientras sus hijos son pequeños están entre las proletarias más pobres y sobreexplotadas: madres solteras, viudas y divorciadas o mujeres cuyos maridos tienen un salario bajo o inestable. A medida que los hijos crecen, más y más mujeres vuelven al mercado de trabajo (o se cambian a un trabajo de tiempo completo), pero con una desventaja clara en términos de habilidades y experiencia de trabajo, al menos en comparación con los hombres con quienes compiten por trabajos¹³.

Por todas estas razones, las economías capitalistas siempre han tenido un 'lugar' especial para las mujeres trabajadoras, ya sea como trabajadoras de las que no se espera que permanezcan en el trabajo por mucho tiempo o, de mayores, como entrantes tardías o reentrantes en la fuerza de trabajo. Más allá de eso, las mujeres forman un componente importante de lo que Marx denomina el ejército industrial de reserva 'latente', que se espera que entre y deje la fuerza de trabajo de acuerdo a las necesidades cíclicas de las empresas capitalistas. La existencia de un lugar distintivo para las mujeres en la fuerza de trabajo refuerza, entonces, el compromiso a escala social y la ideología acerca del lugar natural de las mujeres tanto en el hogar como en el trabajo. Incluso cuando los hombres y las mujeres trabajan, los hombres usualmente (al menos hasta hace poco) ganan salarios más altos y trabajan más horas fuera del hogar. Por lo tanto, sigue existiendo una gran presión sobre las mujeres, en la medida en que dependen materialmente de sus maridos, para que acepten su subordinación: para que no 'presionen demasiado'¹⁴ en cuestiones de la división sexual del trabajo dentro del hogar. A lo largo de la historia, esta presión se vio agravada por el hecho de que las mujeres fueron excluidas, hasta después de la Segunda Guerra Mundial,

de facto sino *de jure* de muchas formas de propiedad, lo que las hacía dependientes de los hombres como mediadores de su relación con el capital. Por lo tanto, las mujeres no poseían las libertades jurídicas que los hombres proletarios ganaron para sí —y no para *sus* mujeres—. Las mujeres no eran verdaderas trabajadoras ‘libres’ en relación al mercado y al Estado, como sí lo era su contraparte masculina¹⁵.

II. LA DESTRUCCIÓN DE LA CATEGORÍA ‘MUJER’

Aunque TC no explica el fundamento de la construcción de las mujeres en el capitalismo, ciertamente, tiene una provocativa teoría de cómo cambia su situación con el desenvolvimiento de las contradicciones del modo de producción. ‘El capitalismo tiene un problema con las mujeres’, pues, en el período actual, *la relación capital-trabajo no puede acomodar el crecimiento continuado de la fuerza de trabajo*. Como ya hemos señalado, el capital se enfrenta cada vez más con una vasta y creciente población excedentaria, estructuralmente excesiva en relación a sus demandas de trabajo. El surgimiento de esta población excedentaria ha coincidido con una transformación de la forma en que los Estados capitalistas, el movimiento de los trabajadores y también las feministas han concebido a las mujeres como la ‘fuerza productiva principal’. En un período anterior, las tasas de natalidad declinaron abruptamente en Europa y en las antiguas colonias europeas. La respuesta entonces fue ‘pro-natalidad’. La civilización supuestamente enfrentaba una inminente degeneración, pues las mujeres no eran capaces de completar su deber con la nación; tuvieron que ser alentadas para que lo retomaran. En la década de 1920, incluso las feministas se volvieron cada vez más pronatalidad, convirtiendo el maternalismo en una explicación de la dignidad ‘igual pero diferente’ de las mujeres en comparación con los hombres. En la década de 1970, sin embargo, —a medida que la población de los países pobres se disparaba mientras la economía capitalista entraba en una prolongada crisis— el maternalismo estaba, en gran medida, muerto. El mundo estaba sobrepoblado con respecto

a la demanda de trabajo. Las mujeres ya no eran necesarias en su rol de mujeres. La 'dignidad especial' de su rol subordinado ya no era para nada dignificante.

Sin embargo, esta es solo la mitad de la historia. La otra mitad puede encontrarse en la misma transición demográfica que TC no considera. Durante el curso de su desarrollo temprano, el capitalismo aumentó el consumo de los trabajadores y mejoró así su salud, lo que redujo la mortalidad infantil. La decreciente mortalidad infantil, a su vez, redujo el número de niños que cada mujer tenía que tener para reproducir la especie. Al comienzo esta transformación apareció como un aumento en el número de niños sobrevivientes por mujer y como un rápido crecimiento de la población. Así, la expansión de las relaciones sociales capitalistas se asoció en todas partes con un *aumento* en la carga reproductiva de las mujeres. Sin embargo, con el paso del tiempo, y ahora en casi cualquier región del mundo, ha habido una posterior reducción tanto del número de niños que cada mujer tiene como del número de niños que sobreviven la infancia y la niñez temprana. Simultáneamente, a medida que los hombres y las mujeres viven más, las mujeres dedican menos tiempo de su vida a tener o cuidar niños pequeños. *La importancia de estos hechos no puede ser sobreestimada*. Explica por qué, en nuestro periodo, las hebillas de la camisa de fuerza de la matriz heterosexual se han soltado ligeramente tanto para los hombres como para las mujeres (e incluso, en una proporción pequeña, para aquellos que no encajan ni en las categorías de la distinción de género ni en esas de la diferencia sexual)¹⁶.

Como con todo lo demás en el capitalismo, la "libertad" que las mujeres han ganado (o están ganando) de su destino reproductivo no ha sido reemplazada con tiempo libre, sino que con otras formas de trabajo. La supuesta entrada de las mujeres a la fuerza de trabajo se trató, en realidad, de un aumento del tiempo y la duración de la ya existente participación de las mujeres en el trabajo asalariado. Sin embargo ahora, dado que las mujeres en todas partes están dedicando menos tiempo a

tener y criar niños, ha habido una reducción en la forma de la ‘curva en M’ de su participación en los mercados de trabajo. La situación de las mujeres está dividida cada vez más entre, por un lado, la decreciente, pero todavía pesada carga de la maternidad y el trabajo doméstico; y, por otro lado, el rol cada vez más importante del trabajo asalariado en sus vidas, *dentro del cual se mantienen, sin embargo, en desventaja*. Como todas las mujeres saben, esta situación se expresa como una decisión forzada entre la promesa de una vida de trabajo supuestamente igual a la de los hombres y la presión, así como el deseo, de tener hijos. El que algunas mujeres elijan no tener hijos —y que por lo tanto resuelvan por sí mismas este dilema, aunque de forma inadecuada— es la única explicación posible de la caída de la tasa de natalidad por debajo de lo que predice la teoría de la transición demográfica. En la actualidad, el índice de fecundidad alcanza la baja cifra de 1.2 niños por mujer en Italia y Japón y en casi todas partes de Occidente es menos de 2. En todo el mundo la fecundidad ha caído de 6 niños por mujer en 1950 a alrededor de 2.5 actualmente.

En esta situación, se vuelve cada vez más claro que las mujeres tienen un problema con los mercados, *puesto que los mercados son incompatibles con las mujeres*. Esta incompatibilidad se reduce a dos hechos acerca del modo de producción capitalista. Primero, el capital no puede, si quiere permanecer como capital, asumir la responsabilidad directa de la reproducción de la clase trabajadora. Es el hecho de que los trabajadores son responsables de su propio mantenimiento lo que los fuerza a volver, una y otra vez, al mercado de trabajo. Al mismo tiempo, los mercados de trabajo, si quieren permanecer como tales, deben ser ‘sexualmente neutrales’¹⁷. Los mercados deben evaluar la competencia entre los trabajadores sin tener en cuenta ninguna de las características no-mercantiles de los propios trabajadores. Estas características no-mercantiles incluyen el hecho de que *la mitad de toda la humanidad es asignada el sexo femenino*. Para algunos empleadores, la diferencia sexual no aparece más que como un costo adicional. Las mujeres trabajadoras son capaces de concebir niños y por lo tanto no

se puede confiar en que no vayan a hacerlo. Para otros empleadores, la diferencia sexual aparece como un beneficio *exactamente por la misma razón*: las mujeres proporcionan mano de obra flexible y barata. Así, las relaciones capitalistas relegan a las mujeres —precisamente porque los mercados son sexualmente neutrales— a trabajo asalariado de mujeres.

Esta incompatibilidad de las mujeres y los mercados ha invadido el movimiento de las mujeres. A lo largo de la historia, el feminismo aceptó la dimensión de género de la vida social, puesto que fue solo a través del género que las mujeres podían afirmar su identidad como mujeres con el objetivo de organizarse sobre esa base. Esta afirmación se convirtió históricamente en un problema para el movimiento, *pues es imposible reconciliar totalmente el género —la propia existencia de las mujeres y los hombres— con la existencia simultánea de la clase trabajadora y el capital*¹⁸. En consecuencia, el movimiento de las mujeres ha oscilado entre dos posiciones¹⁹. Por un lado, las mujeres lucharon por la equidad sobre la base de su igualdad fundamental con respecto a los hombres. Pero, cualquiera sea la similitud de sus aptitudes, las mujeres y los hombres no son y nunca serán lo mismo *para el capital*. Por otro lado, las mujeres han luchado por la equidad sobre la base de su ‘diferencia, pero igual dignidad’ con respecto a los hombres. Pero esa diferencia, aquí explicitada como maternidad, es precisamente lo que explica el rol subordinado de las mujeres.

El movimiento de los trabajadores prometió reconciliar a las mujeres y a los trabajadores más allá, o al menos a espaldas, del mercado. Después de todo, los textos fundadores de la socialdemocracia alemana, además de *El Capital* de Marx, fueron *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels y *Mujer y Socialismo* de Bebel. A través de la lucha, el movimiento de los trabajadores prometió sacar a las mujeres del hogar para hacerlas entrar a la fuerza de trabajo, donde finalmente se volverían pares verdaderos de los hombres. Para lograr esta igualdad verdadera, el movimiento de los trabajadores socializaría el trabajo reproductivo de las mujeres ‘después de la revolución’. Tanto el trabajo

del hogar como la crianza serían llevados a cabo colectivamente por los hombres y las mujeres juntos. Como se hizo evidente para los elementos más extremos del movimiento Feminista Radical de la década de los 70, estas medidas nunca serían suficientes para asegurar verdaderamente la ‘igualdad real’ entre los trabajadores hombres y mujeres. La única posibilidad de lograr la igualdad de los trabajadores, en el límite que intersecta el género y el trabajo, sería *si los bebés nacieran en probetas eliminando así cualquier relación con las mujeres*²⁰.

De hecho, el movimiento de los trabajadores traicionó a sus mujeres tan pronto tuvo la oportunidad. Cada vez que se acercaron al poder, los trabajadores estuvieron totalmente dispuestos a demostrar sus capacidades para manejar la economía exhibiendo que ellos también sabían cómo mantener a las mujeres en su lugar. En el Partido Comunista inglés, la liberación de los maridos del trabajo doméstico fue la tarea principal del “trabajo de partido” de las mujeres²¹. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? Dentro de un mundo definido por el trabajo —o, más precisamente, por el trabajo productivo (una categoría del capitalismo)— las mujeres siempre serían menos que los hombres. El intento de “elevar” a las mujeres a pares de los hombres fue siempre una cuestión de *ajustar un movimiento de trabajadores “universalmente” relevante a las necesidades “particulares” de sus mujeres*. El intento de hacerlo dentro de los límites del capitalismo significó una socialización mínima de la crianza, así como también la institución de un conjunto mínimo de leyes que protegen a las mujeres de sus desventajas en los mercados (es decir, licencia de maternidad, etc.). El movimiento de los trabajadores podría haber llegado más lejos en este camino. Podría haber hecho de las mujeres una prioridad más de lo que lo hizo. Pero el hecho es que no lo hizo. Y ahora está acabado.

La muerte del movimiento de los trabajadores ya ha sido considerada en otros textos²². Su muerte marca también el paso de una forma histórica de revolución a otra. Hoy, la presencia de las mujeres dentro de la lucha de clases solo puede funcionar como una fisura (*l'écart*),

una desviación en el conflicto de clase que desestabiliza sus términos. *Esa* lucha no puede ser *su* lucha, incluso si, en cualquier caso, ellas conforman la mayoría de los participantes. Mientras los proletarios sigan actuando como una clase, las mujeres entre ellos no pueden sino perder. En el transcurso de la lucha, por lo tanto, las mujeres entrarán en conflicto con los hombres. Se les criticará que están descarrilando el movimiento, distrayéndolo de sus objetivos principales. Pero el 'objetivo' de la lucha yace en otro sitio. Es solo desde dentro de este (y otros) conflictos que el proletariado verá su pertenencia de clase como una opresión externa, un callejón sin salida que tendrá que superar para estar más allá de su relación con el capital. Esa superación es solo la revolución como comunización que destruye el género y todas las otras divisiones entre nosotros.

EL CIRCUITO BASADO EN EL GÉNERO: LEER EL ARCANO DE LA REPRODUCCIÓN

Queda por aclararse que al afirmar que el trabajo que realizamos en el hogar es producción capitalista no estamos expresando un deseo de ser legitimadas como parte de las “fuerzas productivas”; en otras palabras, no es un recurso al moralismo. Solo desde el punto de vista capitalista ser productivo es una virtud moral, incluso un imperativo moral. Desde el punto de vista de la clase trabajadora ser productivo, simplemente significa ser explotado... En definitiva, cuando afirmamos que producimos capital, decimos que podemos y queremos destruirlo, en lugar de participar en una batalla perdida para pasar de una forma y grado de explotación a otro.

—*Contraatacando desde la cocina*, SILVIA FEDERICI

Entre las contribuciones marxistas más importantes a una teoría de la explotación basada en el género, y también una de las más ampliamente incomprendidas, se encuentra un breve texto titulado *L'arcano della riproduzione: Casalinghe, prostitute, operai e capitale* [El arcano de la reproducción: trabajo doméstico, prostitución, trabajo y capital]. Escrito en 1981 por Leopoldina Fortunati, esta rigurosa descripción del trabajo reproductivo bajo el capitalismo ha sido durante mucho tiempo subestimada dentro de la tradición marxista más amplia. El siguiente artículo intenta darle su debida revaluación, argumentando a favor de su continua relevancia no solo como una crítica necesaria de un proyecto inacabado empezado por Marx en sus escritos maduros, sino que también dentro del contexto de la crisis actual y las luchas globales contra la austeridad.

Para poder apreciar la intervención hecha por Fortunati —que comenzó hace más de un cuarto de siglo junto con las otras miembros fundadoras del grupo *Lotta Femminista*, incluida Mariarosa Dalla Costa— primero debemos arrojar por la borda parte de nuestro bagaje marxista. Podríamos

llamar a este hábito del pensamiento “el arcano del trabajo productivo”: privilegiar la producción de valor como lo que define la explotación de clase. Esta priorización usualmente lleva a la conclusión de que la fase de la producción es el lugar central de la subjetivación proletaria, así como también el escenario principal de la lucha revolucionaria y el punto de partida de un proyecto comunista positivo. El actual reflejo marxista del productivismo ha descartado efectivamente las ideas de Fortunati junto con la mayor parte de las teorías feministas del trabajo reproductivo. La acusación es que, al pasar a teorizar la actividad reproductiva como trabajo productivo en términos de Marx, estas teóricas feministas han elaborado una crítica moralizante, en lugar de una crítica sobria, de los discursos masculinos bajo el capitalismo. Por supuesto, esa crítica sobria necesariamente nos dejaría solo con “lo que Marx dijo”. En cualquier caso, esta reacción ha enmarcado la discusión de la reproducción desde la publicación de *L'arcano della riproduzione*: medir su utilidad como una teoría del valor en lugar de entender que revela lo que una teoría del valor no puede mostrar inmediatamente¹.

Esta recepción tuvo la consecuencia de *renaturalizar* lo que la crítica de Fortunati intentaba *desnaturalizar*: el trabajo reproductivo y la explotación basada en el género en el capitalismo. Es cierto que si las categorías de Marx se extienden para incorporar el trabajo reproductivo, esto puede llevar a mayor confusión. En resumen, si el debate gira entorno a si el trabajo reproductivo *produce valor*, todavía estamos olvidando lo central. La cuestión es el punto de vista político, y no moral, del proletariado: aquel que surge del salario y de la relación de clase de explotación. No olvidemos que “lo personal es político”, es decir, en el contexto del feminismo marxista, la relación salarial —no biológicamente, sino que estructuralmente— también debe incluir esa mitad de la clase trabajadora relegada a la morada oculta de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Esta reproducción, y por lo tanto esta esfera de actividad, es una categoría marxista tan relevante e históricamente específica como la misma

fuerza de trabajo, independiente de su contenido como sustancia social. Sin embargo, el hecho de que esta actividad sea *feminizada*, y realizada por mujeres fuera de la esfera directamente mediada por el mercado de la acumulación de capital, le da un valor moral a los ojos de los críticos marxistas. Desnaturalizar, es decir volver política y social, la categoría de la reproducción a través de la mediación del salario fue el objetivo del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico. Ya sea solo en la forma de una demanda, o mediante el reconocimiento ganado a través de la institución de esa (quizás imposible) demanda, su función fue deshacerse de las connotaciones emocionales de la explotación basada en el género, y combatir así la devaluación estructural del trabajo reproductivo en las relaciones sociales capitalistas.

Como Silvia Federici tuvo que aclarar en su defensa “Salarios contra el trabajo doméstico”, el objetivo del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico no era ganar salarios: “enfocar el salario doméstico como una cosa en lugar de hacerlo como una perspectiva supone desligar el resultado final de las luchas de la lucha misma”². Además, Federici escribe, esta demanda es “la demanda por la que termina nuestra naturaleza y comienza nuestra lucha porque el simple hecho de reclamar un salario para el trabajo doméstico significa rechazar este trabajo como expresión de nuestra naturaleza”³. En el contexto del movimiento feminista y la campaña de Salario para el Trabajo Doméstico, el logro de Fortunati no fue “probar” que el trabajo doméstico produce valor. El análisis que Fortunati presenta basado en la teoría del valor fluye directamente de las implicaciones revolucionarias de la demanda de Salario para el Trabajo Doméstico. Las teóricas de este movimiento entendían que la lucha nunca podría “ganarse” “sin revolucionar al mismo tiempo —durante el proceso de lucha para su consecución [del salario]— todas nuestras relaciones sociales y familiares”⁴.

Las integrantes de *Lotta Femminista* también estaban haciendo un llamamiento a sus camaradas varones, como revela Federici en su defensa⁵. En consecuencia, la demanda de un salario se hizo dentro del

ámbito marxista tradicional, asumiendo que el poder del proletariado es *realmente medible* en términos del tiempo de trabajo socialmente necesario. Si ponemos entre paréntesis por un momento el debate sobre la caracterización “productiva” o “improductiva” del trabajo doméstico, vislumbraremos la cuestión política que Fortunati señaló tan bien.

LA MORADA OCULTA

Publicado por Autonomedia en 1995, catorce años después de su publicación en italiano, la única traducción disponible en inglés de *L'arcano della riproduzione* es difícil de aproximar. Pero lo que queda claro al leer la gama de revisiones paternalistas es que los críticos que han leído a medias el texto están evaluando el análisis de Fortunati con un único criterio: la exactitud con la que recapitula los puntos centrales de *El capital*. Sin embargo, este libro destaca precisamente donde diverge del tomo sagrado. Especialmente por esta razón, espero contribuir a hacer este texto comprensible dividiendo su sistema en sus partes componentes y realizando un breve ensamblaje.

A pesar de los progresivos avances realizados en el transcurso de la lucha feminista, la explotación basada en el género que Fortunati describió sigue siendo una realidad. Esto se debe a que el propio capitalismo vuelve a cercar las áreas que estos avances han generado, lo que significa, en términos más esotéricos, que la reproducción del capitalismo esconde diariamente el carácter social de la necesaria explotación basada en el género y esta permanecerá *estructuralmente* oculta a menos que su carácter social sea expuesto por la lucha. El retroceso de las ganancias sociales es precisamente lo que la reestructuración en condiciones de crisis vuelve inevitable sin una resistencia sostenida desde abajo.

Además, incluso para sus críticos más bienintencionados y prácticos, la relación actual entre el género y las relaciones sociales capitalistas sigue siendo un enigma. Esto no se debe simplemente a que, como

marxistas, estemos reacios a reprochar al anciano, sino que más bien es una consecuencia del hecho de que el trabajo reproductivo —todavía realizado principalmente por las asignadas al destino “mujer”— es extremadamente difícil de comprender en los términos proporcionados por la crítica de la economía política. Por supuesto, el género está fundamentalmente definido por el capitalismo, y no debería concluirse que la crítica de Marx era “incorrecta”; sino que *dejó a las mujeres fuera de la historia*, y necesitamos encontrar dónde las está escondiendo.

Silvia Federici resume de mejor forma esta laguna dentro de la teoría de Marx: “No se establece diferencia alguna entre la producción de mercancías y la producción de la fuerza de trabajo. La misma cadena de montaje produce a ambos. Por consiguiente, el valor de la fuerza de trabajo se mide en función del valor de las mercancías (alimento, vestido, vivienda) que se debe suministrar al trabajador para «asegurar la subsistencia de su poseedor»”⁶. Federici concluye correctamente “los únicos elementos relevantes que reconoce en este proceso son los hombres, trabajadores que se autorreproducen, sus salarios y sus medios de subsistencia. La reproducción de los trabajadores se realiza por medio de la mercancía. Nada se dice acerca de las mujeres, el trabajo doméstico, el sexo y la procreación”⁷.

Lo que Marx nos deja en su capítulo titulado “Compra y venta de la fuerza de trabajo” es un “elemento histórico y moral”⁸. Aquí está el lugar estructural necesario sobre el cual realizar nuestra labor feminista: sobre la reproducción de esta mercancía peculiar que Marx inmediatamente incorpora, de manera tautológica, en el entorno de la fábrica:

Una consecuencia de la naturaleza peculiar de la fuerza de trabajo como mercancía es que, en realidad, no pasa directamente a las manos del comprador una vez concluido el contrato entre el vendedor y el comprador. Su valor, como el de cualquier otra mercancía, ya está determinado antes de que entre en circulación, pues una cantidad definida de trabajo social ya se ha gastado en la producción de la fuerza de trabajo. Pero su

valor de uso consiste en su posterior ejercicio de este poder... El consumo de la fuerza de trabajo se completa, como en el caso de cualquier otra mercancía, fuera del mercado o la esfera de circulación... en la morada oculta de la producción⁹.

De este pasaje se desprende que el consumo del valor de uso de la fuerza de trabajo, es decir, el consumo de su capacidad para transformar el valor del trabajo muerto, a través del trabajo vivo, en una cantidad mayor de valor, tiene lugar en el proceso de producción. Además, aquí también es donde el valor de “sus” medios de subsistencia se reproduce y materializa en los valores de uso que se compran con el salario y que entran en el proceso de “su mantenimiento”^{10*}. Sin embargo, en ninguna parte de la descripción del proceso encontramos la esfera del “mantenimiento” de la fuerza de trabajo, donde ocurre la transformación del trabajo muerto en capacidad de trabajo vivo. Si el trabajo vivo se gasta en el proceso de producción, y este también es el *proceso de su consumo*, entonces lógicamente *ya debe existir* como un valor de uso *antes* del proceso de producción. Como explica Fortunati:

Marx... no se da cuenta de que el consumo individual del trabajador no es un consumo directo del salario, que el salario no tiene un valor de uso inmediato para él y que el consumo del valor de uso del salario presupone que algún otro trabajo ha ocurrido, ya sea trabajo doméstico o prostitución. Solo el trabajo puede transformar el salario en los valores de uso requeridos en la reproducción del trabajador; pero incluso entonces los valores de uso no son directa o indirectamente consumibles por él. Más trabajo es necesario para transformar estos valores de uso en valores de uso que sean efectivamente utilizables, es decir, listos para ser consumidos.

¿A través de qué proceso se “mantiene” el valor de uso de la fuerza de trabajo? ¿Cómo se convierte un conjunto de mercancías, de trabajo objetivado, en el valor de uso de la fuerza de trabajo? En definitiva, ¿dónde está “la morada oculta” de la reproducción? Estas preguntas, abordadas con experticia en el *Larcano della riproduzione*, se encuen-

tran en el corazón de las interpretaciones feministas marxistas. Lo que el texto de Fortunati demuestra hábilmente es que debemos intentar utilizar las categorías de Marx no solo para resolver los problemas que nos dio, sino para comprender que *nuevas categorías* pueden y deben ser propuestas donde faltan en *El capital*, y hacerlo sin socavar todo el sistema que configuró. En resumen, marxologizar de manera no dogmática.

Los términos categoriales** que Fortunati indica pueden desarrollarse sin recurrir a la discusión de la “productividad” de la reproducción. La conclusión de que la reproducción de la fuerza de trabajo produce valor puede entenderse como una discusión política, necesaria en su momento histórico y dentro de la herencia del obrerismo italiano.

EL TRABAJO DOMÉSTICO Y EL AMA DE CASA

L'arcano della riproduzione lleva a cabo dos importantes tareas al definir los fundamentos teóricos del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico. El texto delinea el carácter de género del trabajo reproductivo, el trabajo doméstico y el trabajo sexual, así como la categoría estructural, o el sujeto determinado por el género, que realiza este tipo particular de trabajo socialmente necesario específico del modo de producción capitalista. El carácter de este “trabajo” es, en su terminología, “trabajo no-directamente reproductivo”, y el sujeto asignado a esta categoría de trabajo, “el ama de casa”, nombra una categoría nueva de fuerza de trabajo *reproductiva*. Aunque estos aspectos de la totalidad capitalista son teorizados de forma insuficiente por los marxistas, son absolutamente fundamentales para entender la *reproductibilidad* de un sistema basado en la acumulación de valor y en la explotación del trabajo asalariado.

Mariarosa Dalla Costa fue en realidad la primera en describir esta problemática en *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*. Aquí hace la distinción inicial entre trabajo doméstico y producción, siendo

esta última *directamente* productiva y mediada a través de relaciones de producción específicas de la sociedad capitalista. Sin embargo, como ella escribe, “estos son servicios sociales en la medida en que sirven a la reproducción de la fuerza de trabajo. Y el capital, precisamente al instituir la estructura familiar, ha ‘liberado’ al hombre de estas funciones para que esté completamente ‘libre’ para la explotación *directa*; para que sea libre de ‘trabajar’ lo suficiente como para que una mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo”¹¹.

Aunque Dalla Costa indica que el trabajo asalariado es mediado directamente por relaciones de clase que dependen de una esfera de “no-trabajo” en la que las mujeres reproducen la fuerza de trabajo masculina, e indica que esto se hace a través de la *forma capitalista* de la familia, no queda claro si este trabajo femenino de reproducción es de naturaleza capitalista, es decir, un desempeño de trabajo vivo en la creación del valor de uso de una *mercancía*, o si es simplemente un remanente de las formaciones familiares tradicionales encontradas en modos de producción más antiguos.

Además, aunque abordando aquello que no es directamente mediado por el mercado, relega el trabajo reproductivo a una esfera fuera del mercado capitalista. Ella sostiene con firmeza: “*en lo que concierne a las mujeres, su trabajo aparece como un servicio personal fuera del capital*”¹². La ambigüedad con respecto al carácter capitalista de “el afuera” deja abierta la cuestión de los modos de producción dual, uno capitalista y otro doméstico. Aunque Dalla Costa afirma a lo largo del texto que el trabajo doméstico y la familia son absolutamente capitalistas en su forma social, la teoría requerida para demostrar precisamente *cómo* son capitalistas se le dejó a Fortunati.

Fortunati toma esta distinción inicial y desarrolla teóricamente “el afuera”. Nombra la forma de trabajo realizado en este espacio liminal “trabajo de reproducción no-directamente asalariado”¹³. El destino del ama de casa no es el del “siervo feudal”: en el capitalismo, ella es “primero que todo

una trabajadora *indirectamente* asalariada”¹⁴. Aquí es donde no solo una categoría específica de trabajo se clasifica como indirecta, sino que también el sitio del sujeto histórico al que se le asigna estructuralmente este trabajo: “dentro del proceso de trabajo doméstico se consume otra, diferente, fuerza de trabajo: la de la trabajadora doméstica”¹⁵.

Estos nuevos conceptos de trabajo indirectamente asalariado y la trabajadora doméstica abren la *esfera* del trabajo doméstico y la prostitución como una esfera capitalista dentro del circuito de la reproducción¹⁶. En esta esfera se da “la coexistencia de dos formas de fuerza de trabajo”, productiva y reproductiva, cuyos portadores se involucran principalmente en dos tipos diferentes de relaciones de trabajo, formal e informal (o más a menudo el matrimonio), además del intercambio directamente asalariado: “el individuo como capacidad de producción enfrenta al capital”, mientras que “en el segundo caso, el individuo como capacidad de reproducción no se enfrenta con el capital, sino que con él/ella mismo/a como fuerza de trabajo [productiva]”¹⁷. La dualidad de las fuerzas de trabajo determinadas por el género, que corresponde a trabajadores determinados por el género —el proveedor y el ama de casa¹⁸— se pone a trabajar; los valores de uso de sus respectivas fuerzas de trabajo se realizan en un tiempo y espacio diferentes: una en el lugar de trabajo capitalista y la otra en el lugar de trabajo del hogar. Mientras una fuerza de trabajo pasa la “jornada laboral” siendo consumida productivamente por el capital, *en el proceso de la reproducción del valor de cambio del salario*, la otra pasa “sus” horas de tiempo libre lejos de esta forma de reproducción mientras “ella” *reproduce el valor de uso de “su”*** fuerza de trabajo*. Fortunati explica que: “en la producción, se produce el valor de cambio de la fuerza de trabajo como capacidad de producción y se consume su valor de uso; en la reproducción, se produce el valor de uso de la fuerza de trabajo y se consume su valor de cambio”¹⁹.

Sin embargo, para Fortunati, esta esfera no es simplemente el *opuesto* de la esfera productiva, sino que más bien conceptualmente “se presenta como una fotografía impresa al revés, como una imagen especular del

proceso de la producción de mercancías²⁰. Sin embargo, la reproducción no es un reflejo de la producción sobre sí misma (la tautología autosuficiente en el relato de Marx); en otras palabras, “la reproducción de la fuerza de trabajo no ocurre simplemente en un taller de producción²¹. Por el contrario, el sitio donde se realiza la reproducción completa el circuito del intercambio simple de mercancías en la esfera del trabajo doméstico y el trabajo sexual.

Esto no es ajeno al marxismo; es, en cambio, una parte del circuito de reproducción que queda abierta. El mismo Marx distinguió entre dos *circuitos* inherentes a la relación salarial, pero dejó incompleto uno de los aspectos más importantes del circuito. Marx identifica el circuito esencial e históricamente específico con la acumulación de dinero, D-M-D²². Dentro de este circuito, ocurre la producción o explotación capitalista. (Este podríamos llamarlo el punto de vista del capital). Sin embargo, también existe otro circuito, en el que los trabajadores asalariados necesariamente participan para acceder a los medios de vida: M-D-M. Este circuito comienza con la fuerza de trabajo como una mercancía “M” que se intercambia por dinero “D” para *comprar* medios de subsistencia²³. Luego el ciclo se repite, o eso parece...

Con el fin de recibir salarios monetarios para completar este circuito de reproducción (a través de la producción capitalista), el proletario y la proletaria deben establecer relaciones con el capitalista que compra sus fuerzas de trabajo (la primera M en M-D-M) para ponerlas a trabajar en la creación de valor y plusvalor (la D’ en D-M-D’). Hay muchas paradas a lo largo del camino en la producción y circulación del capital mercantil y la fuerza de trabajo. Lo que es quizás más importante decir aquí es que el circuito M-D-M asume que la mercancía “fuerza de trabajo” del asalariado se compra en el mercado lista para usarse con salarios monetarios. El problema que identificaron las integrantes de *Lotta Femminista* es que “*en ningún momento la fuerza de trabajo sale lista de una cadena de montaje*”²⁴.

Esta crítica feminista ha localizado una aporía dentro del pensamiento marxista tradicional, una fetichización o, en otras palabras, una *transhistorización estructural*. Fortunati ha desfetichizado el proceso aparentemente natural en el que se supone que se reproduce la fuerza de trabajo, pero en realidad es la “morada oculta” metida dentro del circuito M-D-M. Al igual que Marx, que descubrió el origen de la ganancia como una forma *histórica* particular de explotación de clase, Fortunati descubre la forma *histórica* de la explotación basada en el género en el capitalismo. Y, sin embargo, esto no requiere que produzca valor. Todo lo contrario; de acuerdo con el propio esquema de Fortunati, la explotación basada en el género en el capitalismo debe permanecer externa a la acumulación, y ella la caracteriza como *indirectamente* mediada por la forma del valor, como socialmente necesaria pero no “socialmente determinada”²⁵.

En otras palabras, no tiene importancia si el trabajo no-directamente asalariado de la reproducción es productivo. Entre cada momento de “la compra y venta de fuerza de trabajo”, es decir, *la reproducción del circuito de la fuerza de trabajo* (M-D-M), hay una esfera de creación de valor de uso, de hacer (y mantener) la fuerza de trabajo. De la misma forma que D-M-D’ se despliega en sus propios momentos: D-M... P(roducción)...M’-D’, hay un despliegue análogo en la esfera no-directamente productiva de la reproducción de la fuerza de trabajo. Como lo expresa Fortunati en otros términos:

el trabajador no transforma el dinero con el que paga por el alimento en capital, solo lo transforma en comida. Él usa el dinero como un medio simple de circulación convirtiéndolo en un determinado valor de uso. Este dinero no funciona como capital para él, aunque en los primeros dos casos también compra el trabajo hecho como una mercancía, solo funciona como dinero, como un medio de circulación. Por otro lado, ninguna de estas personas —trabajadora doméstica, sirvienta o cuidadora— es una trabajadora productiva en relación con el trabajador, a pesar de que el trabajo hecho por cada una de ellas le proporciona un producto, comida cocinada.

Podríamos calificar esto, aunque Fortunati no lo hace explícitamente, M-D...R(eproducción)...M, y así sucesivamente a través de los días y años²⁶. Este momento de “R” o reproducción, en tanto espejo de la producción, es el proceso a través del cual el “alimento” se convierte en “comida cocinada” y el “portador de la mercancía fuerza de trabajo” se convierte en “el valor de uso de la mercancía que ‘él’ lleva al mercado”²⁷.

También es posible observar que en la cita anterior Fortunati nos asegura explícitamente que este momento reproductivo dentro del circuito no expande el capital, es decir, no es productivo. La decisión de insertar una M’ al final del circuito de reproducción M-D-M es quizás un excedente político en vez de económico. Aunque M-D-M, en tanto circuito de reproducción, no expande el valor, está, sin embargo, enteramente dentro de la relación salarial y, por lo tanto, es un momento socialmente necesario dentro de la reproducción capitalista. En el nivel de la actividad social total, tanto la reproducción directa como la *no-directa* sostienen la totalidad capitalista. Como concluye Fortunati:

Ahora si, en lugar del capitalista individual y el trabajador individual, examinamos la clase capitalista y la clase trabajadora, y si, en vez de atender solamente el proceso de producción de mercancías, consideramos todo el proceso de producción capitalista —en su flujo total, y en todo su marco social—, resulta que el consumo del trabajo doméstico y de la prostitución se plantea como una condición para el mantenimiento y la reproducción continua de la clase trabajadora²⁸.

Por cada momento productivo hay un momento correspondiente en términos de reproducción. Estos, sin embargo, no son un mismo momento que ocurre en el mismo tiempo y lugar, sino que, más bien, es un aspecto de la reproducción que ocurre en esferas duales, separadas en el tiempo y el espacio *dentro del mismo modo de producción*. De hecho, es la dualidad de estas esferas —directa/no-directa o productiva/reproductiva— así como su interconexión lo que define este modo de producción como uno basado en el trabajo asalariado²⁹.

EL TRABAJO DEL AMOR

Como ya he mencionado, dentro de este esquema encontramos una forma análoga de fuerza de trabajo que pertenece específicamente a las trabajadoras reproductivas, típicamente las mujeres. En el contexto del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico, esta es totalmente relegada a las esposas, madres, abuelas e hijas, a todas las cuales se les asigna el género femenino y esta *forma* de fuerza de trabajo, en virtud de su necesidad estructuralmente impuesta dentro de la relación salarial. Incluso si hacemos que esta categoría sea “femenina” en lugar de “sexuada” en general, aún sería una categoría constitutiva dentro de la forma-salario. En resumen, alguien debe ejecutar este trabajo, sin importar su género, y *necesariamente debe hacerlo sin remuneración*. Por lo tanto, la demanda de salario es una demanda que golpea el corazón de la explotación capitalista. Esta es una pregunta separada de si produce valor: de hecho debe permanecer *no-valorada*: “una condición de existencia de la fuerza de trabajo como capacidad de producción, y por lo tanto del capital, es que la fuerza de trabajo puede tener valor de cambio solo en la medida en que el individuo la reproduce como no-valor”³⁰.

Esta identificación del trabajo doméstico como la reproducción del “individuo como no-valor” a través de la creación de “valores de uso puros” tiene el efecto de representar la fuerza de trabajo reproductiva como “una fuerza natural del trabajo social”, donada por la madre naturaleza *gratis* al capital y a la clase trabajadora masculina. Como afirma Fortunati, la reproducción “se presenta como ‘producción natural’, lo que ha permitido que *dos trabajadores* se exploten con *un* salario, y que el coste total de la reproducción se descarga sobre la fuerza de trabajo”³¹. Sin embargo, esta explotación no se descargada por igual, pues debe inscribirse en la biología femenina, disfrazando su origen en el históricamente específico modo de reproducción capitalista.

La mujer, en el capitalismo, reproduce al trabajador asalariado; pero no es ella misma asalariada. Ella es, en cambio, una “fuerza natural del trabajo social”. El trabajador asalariado “libre” corresponde así a la trabajadora doméstica no asalariada “libre”, una profunda diferencia formal que se refleja en las igualmente profundas desigualdades de sus relaciones mutuas en el capitalismo, y en su estatus desigual dentro del sistema capitalista, que surge en el punto en que el *capital transforma la relación hombre/mujer de un intercambio de trabajo vivo a una relación formal de producción entre ambos*³².

Es aquí donde damos con el corazón de la demanda de salarios para el trabajo doméstico. Como ya hemos señalado, y como las feministas han dejado claro una y otra vez, el objetivo de la demanda de Salario para el Trabajo Doméstico era desnaturalizar esta forma de fuerza de trabajo, dismantelar su justificación biológica para que quienes realizan este trabajo puedan ser entendidos como proletarios en el sentido más amplio del término: no solo como trabajadores asalariados, sino como sujetos proletarios socializados con el poder de luchar como un sector de la clase explotada. Esta lucha comienza de un punto definido de la explotación capitalista y el trabajo *para el capital*: la reproducción (no-directamente asalariada).

La pregunta sigue en pie, ¿por qué tiene un carácter de género este trabajo reproductivo del sistema capitalista o, en otras palabras, por qué es esta la lucha de clases feminista y *también la lucha comunista*? Fortunati realiza el excelente trabajo de delinear esta problemática. No solo se ha naturalizado, *sino que debe mantenerse naturalizada*. Marx descubrió el *fetichismo del salario*. Pero en relación a la explotación basada en el género, parece el mismo ser presa de este fetichismo; Marx no reconoce, como lo hace Fortunati, que *no solo todo el trabajo es “no pagado” y, sin embargo, parece que como si se pagara por el trabajo que se realiza*, sino que este fetichismo inherente a la relación salarial y nuestro propio entendimiento de la justicia requieren que toda la vida fuera del trabajo *parezca absolutamente “libre” de trabajo para el capital*. Sin embargo, para quienes cargan con el deber de la reproducción en esta

esfera de la vida, como su rol biológicamente determinado, no caben ilusiones con respecto a su carácter “*de trabajo*”. Es tan *parecido al trabajo* que debería pagarse por él (y de hecho a menudo se paga). Federici recuerda a una “*welfare mother*”**** que comentaba que “si el gobierno solo estaba dispuesto a remunerar a las mujeres cuando estas cuidan a los hijos de otras entonces tal vez «deberían intercambiar sus hijos»”³³. ¿Por qué si es un hijo propio no es trabajo, sino que *amor*?

Una vez que entendemos “el trabajo del amor” en el contexto de la reproducción social total, podemos ver por qué los debates al respecto de si el trabajo feminizado produce valor confunden el análisis. Si podemos sacar algo del análisis de Marx del fetiche del salario es que, en el capitalismo, ya sea en el traslado al trabajo, en la oficina o en la fábrica nada de lo que hacemos es trabajo pagado ni tampoco un pago por el “valor” que el trabajo produce. Es el pago del *dinero para la compra de “materias primas” que entran en el proceso de la reproducción de la fuerza de trabajo (y en el de la indirectamente asalariada que lleva a cabo su reproducción)*.

Esta desfeticización ha sido siempre una comprensión subyacente de la perspectiva comunista de las luchas salariales: las demandas salariales son solo el comienzo de la lucha de clases para terminar con la forma-salario. Las teóricas del movimiento Salario para el Trabajo Doméstico, en tanto una lucha feminista revolucionaria, estaban más conscientes de esto que nadie. Como dijo Dalla Costa sin rodeos: “nunca ha habido una huelga general”³⁴. Protestar en el punto de la producción, o la esfera del trabajo asalariado, es abordar solo la mitad del trabajo no pagado que es explotado por el capital. Tal vez ahora podemos ver por qué fue necesario hacer este trabajo *aparecer como trabajo* al teorizarlo como *productivo*.

Con respecto a esto, el movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico y su estrategia teórica complementaria pueden entenderse como un movimiento político para movilizar a los hombres y mujeres comunistas en el sector reproductivo. Sin embargo, ¿qué significa para nosotros

hoy? En el contexto del estancamiento del salario y el alto desempleo, en el que las mujeres y madres intentan arreglárselas dentro de la esfera asalariada, debemos reconocer que la productividad de valor no puede entenderse como la condición para la subjetividad revolucionaria. Lo que hoy puede rescatarse del movimiento de Salario para el Trabajo Doméstico es el llamado a resistir el aumento del “mantenimiento” reproductivo no pagado, que correctamente debería llamarse trabajo doméstico, como resultado de la crisis del capitalismo y de las medidas de austeridad, especialmente, puesto que ese mantenimiento puede que ni siquiera “mantenga” el precio de la fuerza de trabajo, sino que solo realice el trabajo de la mera supervivencia para mantenernos vivos no solamente a nosotros, sino que a todo el sistema de explotación.

Este trabajo inevitablemente recaerá sobre las mujeres, pues, como Fortunati ha demostrado, el trabajo fuera de la mediación directa del mercado *es biológicamente asignado a las mujeres*. El resultado de las medidas de austeridad y de la reestructuración será el *ataque capitalista sobre las mujeres*, a menos que lo resistamos y situemos la perspectiva del trabajo reproductivo en el centro de nuestras luchas.

LA LÓGICA DEL GÉNERO: PRESENTACIÓN DE UNA DE LAS AUTORAS

EL CONTEXTO

Empezamos a trabajar en *La lógica del género* hacia el final del año 2011, un año después de que *Théorie Communiste* (TC) publicara el texto *Gender Distinction, Programmatisms and Communisation* [Distinción de género, programatismo y comunización]. Un pequeño grupo se formó alrededor del concepto de comunización y de las ideas del grupo *Théorie Communiste*, y pasó a formar parte de otras publicaciones colectivas como *Endnotes*, *Riff-Raff* y eventualmente *Sic*. Antes de la publicación del texto de TC, el género era rara vez tema de discusión —como si se hubiera asumido que la materia de estudio no le correspondía a la teoría de la ultra-izquierda marxista—. La publicación de este texto, por lo tanto, significó un giro brusco, pues eran pocas las mujeres activas (o siquiera presentes) en este medio. Para Maya y para mí, que como mujeres estábamos *de facto* enfrentadas a la cuestión del género, fue un alivio. En cierto sentido, seguimos estando agradecidas de que TC haya puesto sobre la mesa, por primera vez, la discusión teórica sobre el género dentro de los círculos de la izquierda comunista.

Para nosotras, sin embargo, había algo tremendamente problemático en la teorización del género propuesta por TC. Primero que todo, postulaba la existencia de “dos contradicciones”; se pensaba que existía una contradicción entre los polos opuestos del capital y el trabajo, mientras que la otra contraponía las categorías de hombre y mujer —como si fuera necesario hacer del género una contradicción para hacerla digna de análisis marxista—. En la perspectiva de TC, la clase (primera contradicción) y el género (segunda) se analizaban en su carácter transhistórico —algo a lo que TC siempre se había resistido— pues la relación *entre* las dos contradicciones se ubicaba en un modo de producción pasado, anterior al capitalismo. Según TC, la contradicción de género apareció *en el presente* como resultado de que durante el transcurso

de toda la historia de clases, “el aumento de la población” había sido “la fuerza productiva primaria”. Entonces, la mujer y el hombre —en tanto poseedores de un pasado histórico que existía en relación a la larga historia de la sociedad de clases— vinieron a transhistorizar el trabajo social *en el capitalismo* en la medida en que existe dentro de una división del trabajo basada en el género.

En consecuencia, la teoría de TC nos parece muy insatisfactoria porque entendemos la división del trabajo basada en el género, incluso aquella que existe más allá del mercado, como algo históricamente específico del capitalismo. Es más, el grado en que podíamos hacer una afirmación sobre el pasado basándonos en las condiciones presentes se nos escapaba. Sin embargo, todos los textos que se escribieron en nuestro medio en ese tiempo eran igualmente insatisfactorios: el debate terminó siendo enmarcado en torno a la cuestión de si había una o dos contradicciones, en lugar de la cuestión de la *especificidad histórica* del género y la explotación en el capitalismo en particular. En resumen, sentimos que podíamos transformar el marco del debate cambiando los términos en función de la forma contradictoria de reproducción históricamente específica del capitalismo, y en relación a la contradicción específica bajo el capitalismo que se encuentra en la crítica de la economía política de Marx en *El Capital*.

La lógica del género y el proceso de abyección fue publicado en *Endnotes 3: Gender, Race, Class and other misfortunes* [Género, raza, clase y otras desgracias]. Sus autoras, Maya y yo, éramos hasta entonces los únicos dos miembros de *Endnotes* que nos identificábamos como mujeres. Sin embargo, este texto también es el resultado de un desarrollo teórico colectivo dentro de *Endnotes*, y fue precedido por un año de reuniones del colectivo en torno a la pregunta por el género, reuniones en las que todos los integrantes del grupo participaron activamente: nosotras dos y cuatro hombres (cis)¹. Aunque estas conversaciones (algunas veces

1 El término cisgénero describe a aquellos individuos que se identifican con el mismo género que les fue asignado al nacer (N. de la T.)

buenas, algunas veces descorteses, la mayoría ambas) no nos llevaron, en primera instancia, a un consenso sobre nuestro entendimiento del género, fueron muy útiles, para Maya y para mí, para entender los problemas y límites de los actuales análisis teóricos comunistas sobre el género y los obstáculos que queríamos evitar en nuestra propia teoría. En el proceso de alcanzar su forma final, el artículo fue el centro de muchas discusiones y desacuerdos dentro de *Endnotes*, que, en retrospectiva, claramente contribuyeron a hacerlo un texto más rico y riguroso.

En cuanto a nuestras consideraciones metodológicas, quisimos partir desde el principio sin ninguna presuposición, especialmente, respecto a la existencia de las categorías fijas de hombres y mujeres. De hecho, empezar con un binario como ese habría implicado la naturalización de estas categorías, mientras que las conclusiones de nuestras investigaciones apuntaban claramente al hecho de que este binario en sí mismo, además de su contenido, es construido socialmente. Para evitar tal naturalización, decidimos usar el método de presentación/exposición propuesto por Marx en la introducción a los *Grundrisse*, es decir: empezar con las categorías más abstractas y avanzar progresivamente hacia las implicaciones concretas de las contradicciones dentro de estas categorías, ya que, gracias a este método utilizado ampliamente en *El Capital*, las cosas —y quisiéramos agregar *las personas*— generalmente resultan no ser aquello que parecen.

Cuando finalmente llegamos a la relación entre género y capital, rápidamente vimos que la categoría de fuerza de trabajo es capaz de desempeñar el papel de este momento más abstracto. En consecuencia, pudimos demostrar que la reproducción de la fuerza de trabajo era incluso más peculiar de lo que el mismo Marx describió inicialmente, en tanto que la totalidad de las actividades requeridas para reproducirla está —misteriosamente— más allá del proceso directo de producción y circulación. Todo se volvió aún más misterioso cuando nos dimos cuenta de que este hecho no tenía nada que ver con el carácter concreto de estas actividades *per se*, sino que, más bien, la reproducción como

tal dependía principalmente de la relación directa que las actividades concretas tenían con la forma social de producción. Esta distinción la dividimos en esferas separadas mutuamente-constitutivas, ya sea directa o indirectamente mediadas por el mercado, las formas sociales del valor y los salarios. En el texto las designamos como las esferas directamente mediada por el mercado e indirectamente mediada por el mercado (DMM e IMM). Decidimos llamarlas así porque queríamos mostrar su relación social con la producción y circulación de valor capitalista de la manera más precisa posible, sin aparentar existir *fuera* del capitalismo en otro modo de reproducción residual. Para nosotras, fue solo después de plantear la necesidad de la separación de las esferas de actividades del modo de producción capitalista, sobre la base de su determinación por la *forma* social e histórica del trabajo, que pudimos observar *quienes*, históricamente, fueron asignados o designados para ejecutar esta actividad sin hacer referencia al “destino biológico” o a la asignación de género, sino, más bien, a cómo los individuos eran constituidos y re-constituidos como mujer y hombre sobre la base de actividades socialmente consideradas como femeninas y masculinas.

LO QUE SIGUE

Obviamente, no creemos que nuestras veinte páginas de texto cubran todo lo que se puede decir sobre el género. Más bien, creemos que este texto ofrece una base sólida para desarrollar teorías de género que quieran evitar las trampas de la naturalización y que aún queda mucho por analizar. Sin embargo, estamos convencidas de que esta base puede ser útil para investigar las implicaciones de la separación de las esferas, no ahistóricamente, sino que dentro de una periodización, es decir, comprender cómo la relación de género se manifiesta en los cuerpos y las psiquis de los individuos determinados por el género, y de qué modos subyace en las relaciones entre estos individuos, incluyendo las relaciones de amor, odio, dependencia mutua y violencia.

LA LÓGICA DEL GÉNERO

SOBRE LA SEPARACIÓN DE LAS ESFERAS Y EL PROCESO DE ABYECCIÓN

Dentro del feminismo marxista encontramos varios pares de términos para analizar las formas de dominación basadas en el género en el capitalismo¹. Estos incluyen: productivo y reproductivo, pagado y no pagado, público y privado, sexo y género. En lo que respecta al problema del género, creemos que estas categorías son imprecisas, teóricamente deficientes e incluso, algunas veces, engañosas. Este artículo es un intento de proponer categorías que nos permitan una mejor comprensión de la transformación de la relación de género a partir de los años 70 y, más importante aún, desde la crisis reciente.

El análisis que sigue está muy influenciado por la dialéctica sistemática, un método que intenta comprender las formas sociales como momentos interconectados de una totalidad². Nos movemos, por lo tanto, desde las categorías más abstractas a las más concretas, rastreando el desenvolvimiento del género en tanto “abstracción real”. Solo nos interesa la forma de género que es específica del capitalismo y asumimos desde el comienzo que se puede hablar del género sin hacer referencia a la biología o a la prehistoria. Comenzaremos por definir el género como una separación entre esferas para luego referirnos a los individuos asignados a estas. Cabe señalar que no definimos estas esferas en términos espaciales, sino que de la misma manera que Marx habló de dos esferas separadas de la producción y la circulación en tanto *conceptos* que adquieren una materialidad.

Los pares de términos mencionados anteriormente parecen limitar la comprensión de las formas en que estas esferas funcionan en la actualidad, pues carecen de especificidad histórica y promueven una comprensión transhistórica de la “dominación” basada en el género que toma el patriarcado como una característica del capitalismo sin *hacerlo*

históricamente específico al capitalismo. En este sentido, esperamos esbozar categorías que sean tan específicas al capitalismo como el “capital” mismo. Sostenemos que estos pares de términos están vinculados a errores categoriales cuyas deficiencias quedan claras al intentar explicar las transformaciones dentro de la sociedad capitalista a partir de los 70. Las formas de las actividades domésticas y las actividades supuestamente “reproductivas” se han comercializado cada vez más, y aunque estas actividades, tal como lo hicieron antes, pueden ocupar la “esfera” del hogar, ya no tienen las mismas posiciones estructurales dentro de la totalidad capitalista, a pesar de exhibir las mismas características concretas. Por esta razón, nos vemos en la obligación de esclarecer, transformar y redefinir las categorías que recibimos del feminismo marxista, no por el bien de la teoría, sino para entender por qué la humanidad está todavía poderosamente inscrita en uno u otro género.

1. PRODUCCIÓN/REPRODUCCIÓN

Cualquiera que sea la forma del proceso de producción en la sociedad, este tiene que ser un proceso continuo, debe recorrer periódicamente las mismas fases. Ninguna sociedad puede dejar de consumir, ni puede tampoco, por tanto, dejar de producir. Por consiguiente, todo proceso social de producción considerado en sus constantes vínculos y en el flujo ininterrumpido de su renovación es, al mismo tiempo, un *proceso de reproducción*³.

Cuando Marx habla de la reproducción no se refiere a la producción y reproducción de alguna mercancía en particular, sino que está interesado en la reproducción de la totalidad social. Sin embargo, cuando las feministas marxistas hablan de la reproducción, a lo que se refieren generalmente es a la producción y reproducción de la mercancía fuerza de trabajo. Esto se debe a que en la crítica de Marx la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción de la totalidad capitalista está incompleta.

I. CUANDO MARX HABLA DE LA FUERZA DE TRABAJO SOSTIENE QUE ES UNA MERCANCÍA CON UN CARÁCTER PARTICULAR, DISTINTA A TODAS LAS DEMÁS

Aunque Marx menciona las especificidades de la mercancía fuerza de trabajo⁴, hay algunos aspectos de esta especificación que requieren más atención.

Primero, vamos a investigar la separación entre la fuerza de trabajo y su portador. El intercambio de fuerza de trabajo presupone que esta mercancía es llevada al mercado por su portador. Sin embargo, en este caso particular, la fuerza de trabajo y su portador son una y la misma persona. La fuerza de trabajo es la capacidad viva de trabajo de esta persona y, como tal, no puede estar separada de su portador. Así pues, la particularidad de la fuerza de trabajo plantea una pregunta ontológica.

Al volver a *El Capital*, al comienzo del primer capítulo, nos encontramos con la mercancía, y solo algunos capítulos más tarde descubriremos por completo su manifestación más peculiar, es decir, como fuerza de trabajo. De acuerdo con Marx, es correcto comenzar con el ámbito naturalizado y evidente de la circulación de mercancías con el fin de volver la mercancía una cosa singular y no-natural. No nos ocuparemos, sin embargo, solo de lo que organiza estas “cosas”, estos objetos; sino que más bien —en términos de un análisis de género— investigaremos estos *otros cuerpos*, objetos humanos, que deambulan de forma “natural” y que, como la mercancía fetichizada, parecen no tener historia. Sin embargo, ciertamente la tienen.

Puesto que en el corazón de la forma mercancía está el carácter dual del trabajo —tanto abstracto como concreto—, el primer capítulo de *El Capital* presenta la contradicción entre valor de uso y valor (de cambio). Esta es la contradicción que se despliega desde las primeras páginas de la crítica de Marx hasta el final. De hecho, la división entre estos dos aspectos irreconciliables de la forma mercancía es el hilo conductor

que le permite a Marx rastrear y revelar todas las otras formas contradictorias que constituyen el modo de producción capitalista.

Resumamos brevemente esta contradicción. Por un lado, la mercancía como valor de uso se sitúa, en toda su singularidad, como un objeto particular, diferenciado del resto. Tiene un uso determinado que, como afirma Marx, es necesario para su producción como valor de cambio. Además, puesto que es singular, es una unidad aislada, una entre muchas que juntas forman un cúmulo, una cantidad de cosas individuales. Ahora bien, no equivale a un cúmulo de tiempo de trabajo homogéneo en abstracto, sino que a un conjunto de trabajos individuales, concretos y aislables. Por otro lado, en tanto valor de cambio, la mercancía representa una parte proporcional del “trabajo social total” en la sociedad: un cuántum de tiempo de trabajo socialmente necesario o el tiempo promedio requerido para su reproducción.

Esta contradicción, *la* contradicción —lejos de ser una condición específica de las “cosas”— es, fundamentalmente, la condición misma del ser en el mundo de un proletario. Desde este punto de vista, cuando el proletario enfrenta el mundo en el que predomina el modo de producción capitalista como una acumulación de mercancías lo hace *como* una mercancía y, por consiguiente, esta confrontación es al mismo tiempo un encuentro aleatorio entre una mercancía y otra y, simultáneamente, un encuentro entre sujeto y objeto.

Esta división ontológica existe porque la fuerza de trabajo no es ni una persona ni *solo* una mercancía. Como nos dice Marx, la mercancía fuerza de trabajo es particular y diferente a todas las otras. La particularidad de esta mercancía es lo que le da un lugar central en el modo de producción basado en el valor, pues el propio valor de uso de la fuerza de trabajo (o capacidad viva de trabajo) es *la* fuente de valor (de cambio). Además, la contradicción entre valor de uso y valor (de cambio) tiene implicaciones adicionales cuando consideramos la producción y reproducción de las fuerzas de trabajo. Esta peculiar “producción” es

lo suficientemente específica como para merecer mayor atención, pues, hasta donde sabemos, *en ningún momento la fuerza de trabajo sale lista de una cadena de montaje.*

¿Cómo es entonces producida y reproducida la fuerza de trabajo? Marx identifica la particularidad del valor de uso de la fuerza de trabajo. ¿Pero distingue adecuadamente la producción de la fuerza de trabajo de la producción de mercancías? Marx escribe:

el tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve en el tiempo de trabajo necesario para la producción de [sus] medios de subsistencia⁵.

Cuando se plantea el problema del valor de la fuerza de trabajo, Marx concluye que este corresponde al tiempo de trabajo necesario para su producción, como ocurre con cualquier otra mercancía. Sin embargo, en este caso en particular, el valor se reduce misteriosamente al tiempo de trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia del trabajador. Pero un carro lleno de “medios de subsistencia” no produce la mercancía fuerza de trabajo lista para ser utilizada.

Si comparáramos la producción de la fuerza de trabajo con la producción de cualquier otra mercancía, veríamos que las “materias primas” usadas en este proceso de producción, es decir, los medios de subsistencia, transmiten su valor al producto final, mientras que el nuevo trabajo que se necesita para transformar estas mercancías en fuerza de trabajo funcional no añade valor a esta mercancía. Si empujáramos esta analogía un poco más lejos podríamos decir que —en términos del valor— la fuerza de trabajo está conformada solo por *trabajo muerto*.

En la cita que acabamos de exponer, Marx reduce el trabajo necesario que se requiere para producir la mercancía fuerza de trabajo a las “materias primas” que se compran para lograr su (re)producción. Cualquier trabajo que se precise para transformar estas materias primas, esta canasta

de bienes, en la mercancía fuerza de trabajo, por lo tanto, Marx no lo considera trabajo vivo, y de hecho, en el modo de producción capitalista no se considera en absoluto como trabajo necesario. Esto significa que estas actividades, a pesar de lo necesarias que resultan para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, *son estructuralmente convertidas en no-trabajo*. Este trabajo necesario no es considerado como tal por Marx, puesto que la actividad de transformar en fuerza de trabajo las materias primas equivalentes al salario ocurre *en una esfera separada de la producción y circulación de valores*. Estas necesarias actividades no-laborales no producen valor, no por sus características concretas, sino porque ocurren en una esfera del modo de producción capitalista que no está directamente mediada por la forma del valor.

Debe haber un exterior al valor para que este pueda existir. De la misma manera, para que el trabajo exista y sirva como medida del valor, debe haber un exterior al trabajo (volveremos a esto en la parte 2). Mientras que las feministas autonomistas concluirían que cada actividad que reproduce la fuerza de trabajo produce valor⁶, nosotras diríamos que para que la fuerza de trabajo tenga valor algunas de estas actividades tienen que ser removidas o disociadas de la esfera de la producción de valor⁷.

II. POR LO TANTO, LA REPRODUCCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO PRESUPONE LA SEPARACIÓN DE DOS ESFERAS DISTINTAS

Como explicamos anteriormente, hay una esfera de no-trabajo o de trabajo extra-necesario que envuelve el proceso de transformar el trabajo muerto, es decir, las mercancías compradas con el salario, en la capacidad de trabajo vivo que se encuentra en el mercado. Ahora debemos analizar las especificidades de esta esfera.

Términos tales como “esfera reproductiva” son insuficientes al momento de identificar esta esfera, pues lo que estamos tratando de nombrar no puede ser definido como un conjunto específico de actividades de acuer-

do a su valor de uso o carácter concreto. De hecho, la misma actividad concreta, como limpiar o cocinar, puede ocurrir en cualquier esfera: puede ser trabajo productor de valor en un contexto social específico y no-trabajo en otro. Las tareas reproductivas, tales como limpiar, se pueden comprar como servicios, así como también se pueden adquirir comidas prefabricadas en lugar de pasar tiempo preparándolas. Sin embargo, para comprender totalmente cómo —más allá de la fuerza de trabajo— se reproduce el género, será necesario diferenciar la reproducción mercantilizada, monetizada o producida masivamente de la que no lo es.

Puesto que los conceptos existentes de producción y reproducción son en sí mismos limitados, necesitamos encontrar términos más precisos para designar estas esferas. A partir de ahora usaremos dos términos bastante descriptivos (y por lo tanto algo toscos) para nombrarlas: (a) la esfera *directamente mediada por el mercado* (DMM); y (b) la esfera *indirectamente mediada por el mercado* (IMM). Nuestro objetivo no es fabricar neologismos, sino más bien usar una designación provisional que nos permita concentrarnos en las características estructurales de estas esferas. Durante el transcurso de nuestra presentación (ver parte 2) tendremos que agregar otro conjunto de términos descriptivos (asalariado/no-asalariado) para elaborar de manera precisa las características sutiles de estas esferas.

La producción y reproducción de la fuerza de trabajo requiere toda una serie de actividades; algunas ocurren en la esfera directamente mediada por el mercado o DMM (las que se compran como mercancías, ya sea como producto o servicio), mientras que otras ocurren en esa esfera que es indirectamente mediada por el mercado, la esfera IMM. La diferencia entre estas actividades no yace en sus características concretas. Cada una de estas actividades concretas —cocinar, cuidar niños, lavar/ reparar ropa— puede algunas veces producir valor y otras no dependiendo de la “esfera”, y no del lugar concreto, donde ocurre. Por lo tanto, la esfera no es necesariamente el hogar. La esfera tampoco se define por si las

actividades que ocurren en ella reproducen o no la fuerza de trabajo. La esfera se define por la relación de estas tareas reproductivas con el intercambio, el mercado y la acumulación de capital.

Esta distinción conceptual tiene consecuencias materiales. Dentro de la esfera directamente mediada por el mercado, las tareas reproductivas se llevan a cabo bajo condiciones directamente capitalistas, es decir, con todos los requerimientos del mercado, ya sea que se realicen dentro del sector manufacturero o de servicios. Bajo las limitaciones y la dominación del capital y el mercado, la producción de bienes y servicios, sin importar su contenido, debe ser ejercida a niveles competitivos en términos de productividad, eficiencia y uniformidad del producto. El índice de productividad es temporal, mientras que el índice de eficiencia corresponde a las maneras en que los recursos son utilizados económicamente. Además, la uniformidad del producto del trabajo requiere la uniformidad tanto del proceso de trabajo como de la relación de los que producen con su producto.

Se puede ver inmediatamente la diferencia entre las tareas llevadas a cabo en esta esfera y fuera de ella. En la esfera DMM, la tasa de retorno de una inversión capitalista es fundamental y, por lo tanto, todas las actividades ejercidas dentro de ella —aunque sean “reproductivas” en términos de su valor de uso— deben alcanzar o exceder la tasa actual de explotación y/o ganancia. Por otro lado, fuera de la esfera DMM, las maneras en que utilizan el salario aquellos que reproducen el valor de uso de la fuerza de trabajo (a través de la reproducción de su portador) no están sujetas a los mismos requerimientos. Si es que esas maneras son uniformes, son, no obstante, altamente variables con respecto a la utilización necesaria de tiempo, dinero y materias primas. A diferencia de la esfera DMM, no existe una determinación directa del mercado de cada aspecto del proceso de reproducción. (En la parte 2 abordaremos la esfera indirectamente mediada por el mercado de la reproducción organizada por el Estado).

La esfera indirectamente mediada por el mercado tiene un carácter temporal diferente. El día de 24 horas y la semana de 7 días⁸ todavía organizan las actividades dentro de esta esfera, pero el “tiempo de trabajo socialmente necesario” (TTSN) nunca es *directamente* un factor en esta organización. El TTSN corresponde al proceso de abstracción que ocurre a través de la mediación del mercado, que establece un promedio de la cantidad de tiempo que se requiere dentro del proceso de trabajo para vender competitivamente un producto o servicio. La quiebra y la pérdida de ganancia son factores que afectan este proceso al igual que el uso innovador de maquinaria para disminuir el tiempo que requiere la producción de bienes. Por lo tanto, el aumento de la ganancia o de la participación en el mercado dominan la esfera DMM. Por supuesto, la mecanización también es posible en la esfera IMM y han habido muchas innovaciones de este tipo. Sin embargo, en este caso el objetivo no es conseguir la producción de más valores de uso en una cantidad de tiempo determinada, sino que reducir el tiempo utilizado en una actividad dada, generalmente, para que más tiempo pueda dedicarse a otra actividad IMM. Cuando se trata del cuidado de niños, por ejemplo, aunque algunas actividades pueden ser ejecutadas más rápidamente, el hecho es que los niños tienen que ser cuidados *todo el día* y esta cantidad de tiempo no es flexible (volveremos a esto en la parte 5).

Además, diferentes formas de dominación caracterizan estas esferas. La dependencia del mercado, o la dominación impersonal y abstracta, organiza las relaciones de producción y reproducción DMM, a través del mecanismo de comparación de valores basado en el tiempo de trabajo socialmente necesario. En esta esfera el tipo de “mediación directa del mercado” es la dominación abstracta y, como tal, es una forma de coacción indirecta que se determina en el mercado (“a espaldas de los productores”). Por lo tanto, no existe una necesidad estructural de violencia directa o de planificación para la distribución misma del trabajo.

Por el contrario, no existe un mecanismo que compare los diferentes desempeños de las actividades concretas que ocurren en la esfera IMM como si estuvieran socialmente determinadas. Estas actividades no pueden ser regidas por la dominación abstracta del mercado y las limitaciones objetivas del TTSN, salvo de forma indirecta, cuando los requerimientos de la producción transforman los requerimientos del mantenimiento de la fuerza de trabajo fuera de la esfera DMM. Otros mecanismos y factores están involucrados en la división de las actividades IMM, desde la dominación directa y la violencia hasta formas jerárquicas de cooperación o, en el mejor de los casos, la distribución planificada⁹. No existe una forma o mecanismo impersonal para cuantificar objetivamente, imponer o equiparar “racionalmente” el tiempo y energía gastados en estas actividades o a quienes son asignadas. Los intentos de una repartición “igualitaria y justa” de estas actividades deben ser constantemente negociados, puesto que no hay forma de cuantificar o equiparar “racionalmente” el tiempo y energía gastados. ¿Qué significa limpiar la cocina, qué significa cuidar de un niño por una hora: es tu hora de cuidados la misma que mi hora de cuidados? Esta asignación no puede más que seguir siendo una cuestión conflictiva.

2. PAGADO/NO-PAGADO

Las feministas marxistas usualmente añaden otra distinción a la distinción entre producción y reproducción: la distinción entre trabajo pagado y no-pagado. Como muchas antes que nosotras, pensamos que estas categorías son imprecisas y preferimos usar la distinción asalariado/no-asalariado. A medida que expliquemos las esferas DMM e IMM en relación con aquello que es asalariado o no-asalariado, esclareceremos la superposición de estas esferas a través del *principio de validación social*. En el camino, exploraremos las maneras en que las actividades en cuestión pueden ser consideradas trabajo o no; es decir, si *califican* o no como trabajo en este modo de producción.

La diferencia entre pagado/no-pagado, por un lado, y asalariado/no-asalariado, por otro, se vuelve borrosa con la forma del salario, con aquello que debemos llamar *el fetiche del salario*. El salario en sí mismo no es el equivalente monetario al trabajo realizado por quien lo recibe, sino el precio al que este vende su fuerza de trabajo, que equivale a una cantidad de valor que se incorpora de una forma u otra a su proceso de reproducción, pues debe reaparecer al día siguiente listo y capacitado para trabajar¹⁰. Sin embargo, parece que quienes trabajan por un salario han completado su responsabilidad social del día una vez que la jornada laboral termina. Lo que el salario *no* paga parece ser un mundo de no-trabajo. Por lo tanto, de forma tautológica, todo “trabajo” pagado aparece como trabajo, ya que no parece que se pague por aquello que uno hace cuando no está “en el trabajo”. Sin embargo, es necesario recordar que Marx demostró que, de hecho, ningún trabajo vivo se paga jamás en la forma del salario.

Obviamente, esto no significa que sea irrelevante la pregunta de si una actividad es o no asalariada. De hecho, la que no trabaja no recibe salario. El trabajo asalariado es la única manera en que una trabajadora puede tener acceso a los medios necesarios para su reproducción y la de su familia. Además, la validación del salario afecta la actividad misma a nivel cualitativo. Cuando una actividad que antes era no-asalariada se vuelve asalariada, incluso cuando es improductiva, adquiere ciertas características similares a las del trabajo abstracto. Efectivamente, el hecho de que la fuerza de trabajo se intercambie por salario vuelve su desempeño propenso a racionalizaciones y comparaciones. A cambio, lo que se espera de esta fuerza de trabajo es, al menos, el rendimiento socialmente promedio —incluyendo todas sus características e intensidad— que es regulado y corresponde al promedio social *para este tipo de trabajo* (claramente la ausencia de valor vuelve imposible su comparación con ningún otro tipo de trabajo). Un individuo que no tiene un rendimiento adecuado en el tiempo necesario no podrá vender su fuerza de trabajo en el futuro. Por lo tanto, el salario valida el hecho de que la fuerza de trabajo se empleó adecuadamente, aunque

reconociéndola universalmente como trabajo social, cualquiera haya sido la actividad concreta misma o si se consumió “productivamente”.

Ahora debemos analizar esta distinción entre asalariado y no-asalariado, en la medida en que atraviesa la distinción entre las esferas IMM y DMM. Cuando hablamos de las actividades asalariadas nos referimos a aquellas que son sociales¹¹, mientras que las actividades no-asalariadas son *lo no-social de lo social*: son actividades no validadas socialmente aunque son parte del modo de producción capitalista. Es importante señalar, sin embargo, que estas actividades no coinciden directamente con las esferas IMM y DMM.

Vemos que en la interacción de estos cuatro términos hay algunas actividades asalariadas que se superponen a las actividades de la esfera IMM: aquellas organizadas por el Estado (el sector público). Dentro de este imbricado conjunto de categorías, la esfera de las actividades IMM intersecta con la esfera del trabajo asalariado. Estas actividades asalariadas e IMM son las formas de reproducción organizadas por el Estado que no están directamente mediadas por el mercado (ver figura 1). Estas actividades reproducen el valor de uso de la fuerza de trabajo, pero son asalariadas y, por tanto, validadas socialmente. Sin embargo, estas actividades no producen valor ni están sujetas al mismo criterio de mediación directa del mercado (ver más arriba). Estas actividades son sociales porque son remuneradas a través de la forma social del valor. Puesto que no producen valor, son las formas de reproducción que significan un costo colectivo para el capital: se paga por ellas indirectamente a través de las deducciones de los salarios colectivos y del plusvalor en la forma de impuestos.

Demos vuelta las cosas una vez más y detengámonos en lo que el salario *compra*; esto es, aquello que es un elemento del salario, aquello que constituye el valor de cambio de la fuerza de trabajo. El salario compra las mercancías necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo y también los servicios que participan en esta reproducción ya sea

directamente (a través de pagarle a una niñera privada, por ejemplo) o indirectamente (al pagar los impuestos para el gasto estatal en educación que es parte del salario indirecto). Estos servicios, produzcan o no valor¹², tienen un costo que se refleja en el valor de cambio de la fuerza de trabajo: implican, de una forma u otra, una deducción del plusvalor.

Lo que queda son las actividades no-asalariadas y que, por consiguiente, no aumentan el valor de cambio de la fuerza de trabajo. Estas son lo no-social de lo social, el no-trabajo del trabajo (ver Addendum 1). Estas actividades son removidas de la producción social; no solo tienen que *parecer* no-trabajo, sino que también *serlo*, es decir, son *naturalizadas*¹³. Estas actividades constituyen una esfera cuya disociación es necesaria para la producción de valor: la *esfera del género*.

En la próxima parte nos enfocaremos finalmente en los individuos que han sido asignados a esta esfera. Sin embargo, debemos primero considerar otro par de términos: público/privado.

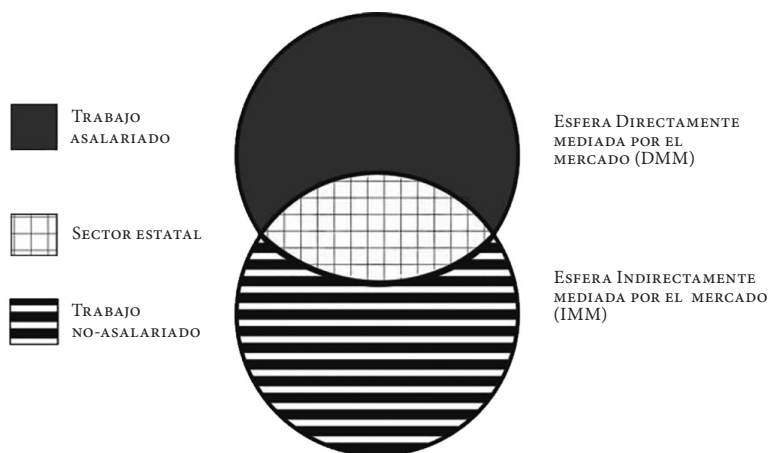


Figura 1: Representación gráfica de la relación entre las esferas DMM/IMM y asalariada/no-asalariada.

[ADDENDUM I: A PROPÓSITO DEL TRABAJO]

Definiremos el trabajo, por su oposición al no-trabajo, como una actividad que es validada socialmente por su función específica, por su carácter social específico en un determinado modo de producción. También es posible recurrir a otros fundamentos para definir el trabajo tales como el intercambio entre el hombre y la naturaleza, el gasto de energía, la distinción entre actividades placenteras/no-placenteras. Sin embargo, pensamos que ninguna de estas definiciones puede ayudarnos a entender el carácter de las actividades IMM no-asalariadas. Estas definiciones solo consideran sus características concretas y esto lleva a descripciones banales o absurdas en el caso de las actividades IMM no-asalariadas. ¿Es consolar a un niño un intercambio con la naturaleza? ¿Es dormir un trabajo que reproduce la fuerza de trabajo? ¿Es trabajo lavarse los dientes? ¿Y lavarle los dientes a alguien más? Pensamos que nuestra definición del trabajo, aunque a primera vista pueda parecer banal, es la única capaz de superar estas preguntas irrelevantes y esto constituye el punto de partida correcto para investigar el carácter específico de estas actividades.

3. PÚBLICO/PRIVADO

Mucha gente utiliza la categoría “público” para designar al sector estatal. Y las feministas marxistas generalmente utilizan el concepto de esfera “privada” para designar todo lo que está dentro de la esfera del hogar. Nos parece necesario aferrarnos a la dicotomía tradicional de privado/público como aquella que separa lo económico y lo político, la sociedad civil y el Estado, el individuo burgués y el ciudadano¹⁴. Antes del capitalismo el término “privado” se refería al hogar, u *oikos*, y se consideraba como *la* esfera de lo económico. Con el advenimiento de la era capitalista la esfera privada se trasladó más allá del hogar mismo.

Aquí se empieza a hacer evidente la insuficiencia del concepto de “la esfera privada” en tanto lugar fuera de “la esfera pública” que incluye la economía, como ocurre, por ejemplo, en la teoría feminista. Lo privado no es solamente aquello situado en la esfera doméstica y asociado con actividades domésticas. Por el contrario, corresponde a la totalidad de las actividades dentro y fuera del hogar. Como resultado de la separación estructural entre lo económico y lo político (economía política) —que corresponde a la expansión de las relaciones sociales (de producción) capitalistas—, la esfera privada se vuelve cada vez más difusa, convirtiendo el hogar en solo uno de los muchos momentos de “lo económico” o “lo privado”. Por lo tanto, al contrario de lo que afirman la mayoría de los análisis feministas, fue *solo* en el contexto de las relaciones premodernas —antes de la separación de lo político y lo económico bajo el capitalismo— que la esfera privada correspondía al hogar. En la moderna era capitalista, en cambio, el alcance de la explotación privada se extiende sobre la totalidad del paisaje social.

Entonces, ¿dónde está “lo público” si lo privado corresponde a la totalidad de las actividades productivas y reproductivas? Marx afirma que lo público es una abstracción de la sociedad que toma la forma del Estado. Esta esfera de lo político y lo jurídico es la abstracción real del *Derecho* separado de las divisiones y diferencias reales que constituyen la sociedad civil. Para Marx esta abstracción o separación debe existir para realizar y preservar la igualdad formal (acompañada, por supuesto, de la desigualdad de clases) necesaria para que los propietarios privados, que actúan por interés personal, acumulen capital de forma ilimitada en lugar de hacerlo bajo la dirección o el control del Estado. Esto es lo que diferencia al Estado moderno, que es apropiado para las relaciones de propiedad capitalistas, de otros sistemas de Estado asociados a otros modos de producción, ya sea el sistema monárquico o el de la democracia antigua.

Esto significa que el Estado capitalista moderno y su “esfera pública” no son un lugar realmente existente, sino una “comunidad” abstracta de “ciudadanos iguales”. Así, la distinción entre la esfera de las relacio-

nes económicas y la esfera de las relaciones políticas —incluyendo las relaciones entre desiguales mediadas por relaciones entre “ciudadanos iguales abstractos”— convierte a los “ciudadanos” solo *formalmente* en iguales de acuerdo al Estado y los derechos civiles. En consecuencia, estos “individuos” aparecen como iguales en el mercado —aunque en la “vida real” (la esfera privada de la sociedad civil) están lejos de serlo¹⁵. Esta abstracción, “lo público”, debe existir precisamente porque la esfera directamente mediada por el mercado es mediada por el mercado, un espacio de mediación entre los trabajos privados producidos independientemente unos de otros en compañías privadas que son operadas y propiedad de individuos privados (que actúan por interés personal).

¿Cuál es entonces la relación entre las esferas pública/privada, política/económica, estatal/civil, por un lado, y las esferas directa e indirectamente mediadas por el mercado, por otro? El punto de encuentro de estas esferas señala el momento de su separación constitutiva y define a los individuos anclados a una como distintos de los otros, como *diferentes*. Esta diferencia la determina si esos individuos definidos por el Estado intercambian directamente la mercancía fuerza de trabajo que llevan dentro de su persona como su propiedad personal o —si ese intercambio es mediado indirectamente— a través de aquellos con igualdad formal.

Ahora estamos listas para concentrarnos en los individuos que han sido asignados a cada esfera. Lo que vemos en un comienzo, cuando observamos los inicios de este modo de producción, son individuos que tienen derechos diferentes y que la ley define como dos entidades jurídicas distintas: hombres y mujeres. Podremos ver cómo esta diferencia jurídica fue inscrita en los cuerpos “biológicos” de estos individuos cuando lleguemos al análisis del par sexo/género. Por el momento, debemos entender cómo la dicotomía entre público y privado hace el trabajo inicial de anclar a los individuos, en tanto hombres y mujeres, a las diferentes esferas que reproducen la totalidad capitalista a través

de su derecho diferencial no solamente a la propiedad privada, sino a *esa propiedad que los individuos poseen en sus propias personas*.

Esta forma peculiar de propiedad es necesaria para las relaciones salariales generalizadas, pues el valor presupone la igualdad formal entre los dueños de mercancías para que el intercambio “libre” (capital y fuerza de trabajo) pueda ocurrir a pesar de que exista una desigualdad estructural “real” entre dos clases diferentes: quienes poseen los medios de producción y quienes carecen de esa forma de propiedad. Sin embargo, el “intercambio libre” puede ocurrir solamente mediante una negación de esa diferencia de clase a través de su traslado a otro par: ciudadano y otro, que opera no entre los miembros de clases opuestas, sino que al interior de cada clase. Para fundar el modo de producción burgués no fue necesario que se les concediera igualdad a todos los trabajadores bajo el signo de “ciudadano”. Históricamente, “ciudadano” solo se refiere a una categoría específica a la que pueden pertenecer tanto los dueños de propiedad como ciertos proletarios. Dado que las relaciones jurídicas capitalistas niegan las clases mediante la reconstitución de la diferencia entre ciudadano y otro, las condiciones históricas bajo las cuales el modo de producción burgués se constituyó fueron diversas formas de no-libertad. Por esta razón la oposición ciudadano y otro coincide con la oposición *macho (blanco)/no-macho (no-blanco)*.

Por ejemplo, bajo las condiciones de esclavitud en Norteamérica, la clasificación de blanco fue necesaria para mantener la propiedad de los amos sobre los esclavos. A las mujeres se les clasificó como otro, pero como veremos, por razones diferentes. Un factor que vale la pena mencionar aquí es que dentro de esta relación blanco/persona de racializada/mujer, la preservación de la pureza del “amo blanco” como opuesto al “esclavo negro”, es de la mayor importancia, así como también la preservación estricta del significante amo dominante¹⁶ de la igualdad (“sangre blanca”, y por tanto, “madres blancas”) entre las generaciones futuras de la burguesía. En consecuencia, también se reguló de cerca la división entre mujeres blancas y no-blancas para preservar tal taxo-

nomía dentro de un contexto en el que se combinaba la producción de mercancías basada en las plantaciones del Nuevo Mundo y el auge del capitalismo industrial¹⁷.

Sin embargo, lo que constituye el par ciudadano/otro en este modo de producción no se basa en una definición negativa de esclavitud, sino que en el trabajo “libre”, que se compone de quienes tienen la misma libertad formal en oposición a quienes no la tienen. El “trabajo libre” en términos de Marx —esto es, la definición técnica de libertad para el trabajador asalariado— requiere de lo que podríamos llamar “libertad doble”:

Para convertir el dinero en capital, el poseedor de dinero tiene, pues, que encontrarse en el mercado con el trabajador libre; libre en un doble sentido, pues de una parte ha de poder disponer libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía, y, de otra parte, no ha de tener otras mercancías que ofrecer en venta; le falta todo lo necesario para realizar por cuenta propia su fuerza de trabajo¹⁸.

Sin embargo, ¿no han sido siempre las mujeres trabajadoras asalariadas? Por supuesto, desde el origen del capitalismo, las mujeres han sido portadoras de fuerza de trabajo, y el capital ha usado su capacidad de trabajo; pero solo recientemente se han transformado en *dueñas* de su fuerza de trabajo con “libertad doble”. Antes del último cuarto de siglo, las mujeres efectivamente estaban libres *de los medios de producción*, pero no eran libres de vender su fuerza de trabajo como *propia*¹⁹. La libertad de propiedad, que incluye la movilidad entre tipos de trabajo, históricamente fue concedida solo a algunos a costa de otros. Quienes luchaban por la libertad política y “pública”, o libertad doble, se vieron en un dilema. Debieron elaborar argumentos a favor de su igualdad (“en la diferencia”), a la vez que tenían intereses que contradecían los de otras minorías que se identificaban con la misma lucha por la igualdad, pero en términos distintos²⁰.

Esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres, que se vieron atrapadas entre la reivindicación de la libertad sobre la base del ideal de igualdad humana y la reivindicación de la libertad *en tanto diferentes*. Esto se debe a que su “diferencia real” en el capitalismo no es ideal ni ideológica, sino que se encarna y reproduce estructuralmente a través de prácticas que definen a las mujeres como diferentes. Esta “diferencia real” está entrelazada en una red de relaciones mutuamente constitutivas y reafirmantes que necesariamente presuponen el ciudadano, el Estado y la esfera pública a los que las mujeres pueden solicitar derechos humanos y civiles, por un lado, y derechos reproductivos, por otro.

En consecuencia, aunque es cierto que la libertad formal en sí misma fue una precondition para la producción e intercambio de valor, lo que organizó —la sociedad civil de los individuos burgueses— fue necesario para la reproducción continua de la esfera pública o legal. El derecho a “ser igual”, y por tanto igualmente libre, no reorganiza en sí mismo la distribución de propiedad ni, como veremos, las condiciones de posibilidad para la acumulación de capital. Estas esferas funcionan conjuntamente. Si este no fuera el caso, sería posible abolir las formas que actualmente existen de la “diferencia” históricamente específica a través de acciones legales y “políticas”, *dentro* del Estado. Esto equivaldría a la abolición de lo privado a través de la esfera pública, una revolución a través de la reforma que es estructuralmente imposible.

La “igualdad” en tanto libertad doble es la libertad de ser estructuralmente desposeído. Con esto no estamos diciendo que no *valga la pena*. La pregunta es, ¿puede también “valer la pena” para el capital, el Estado y los aparatos de la dominación que lo acompañan? Como la mayoría de nosotras habremos experimentado personalmente, la distinción de género ha persistido mucho después de que la libertad diferencial fuera abolida para la mayoría de las mujeres. Si esta libertad diferencial era lo que en efecto anclaba a las mujeres a la esfera indirectamente mediada por el mercado, ¿por qué su abolición no “liberó” a las mujeres de la categoría “mujer” y de la esfera de la reproducción determinada por el género?

LA LIBERTAD DOBLE Y EL MERCADO SEXUALMENTE NEUTRAL

Cuando consideramos la historia del modo de producción capitalista, es sorprendente que en muchos casos, una vez que las desigualdades se garantizan a través de mecanismos legales, estas pueden adquirir vida propia volviendo innecesaria su propia base jurídica en la ley. A medida que las mujeres en muchos países obtenían de forma lenta pero segura igualdad de derechos en la esfera pública, el mecanismo que reforzaba esta desigualdad en la “esfera privada” de lo económico —del mercado de trabajo— estaba ya tan bien establecido que podía aparecer como el dictamen de alguna misteriosa ley natural.

Irónicamente, la reproducción de las esferas duales del género, y el anclaje de las mujeres a una de estas esferas y no a la otra, se perpetúa y restablece constantemente mediante el propio mecanismo del mercado de trabajo “sexualmente neutral”, que no es directamente responsable de la distinción entre hombre y mujer, sino que de la diferencia de precio o el valor de cambio de sus fuerzas de trabajo. De hecho, los mercados de trabajo, si han de mantenerse como mercados, deben ser “sexualmente neutrales”. Los mercados, como lugar de intercambio de equivalentes, se supone que deben borrar las diferencias concretas a través de una pura comparación de valores abstractos. Entonces, ¿cómo puede este mercado “sexualmente neutral” reproducir la diferencia de género?

Una vez que un grupo de individuos, las mujeres, se les define como “quienes tienen hijos” (ver Addendum 2) y una vez que esta actividad social, “tener hijos”, se constituye estructuralmente como una discapacidad²¹, las mujeres son definidas como *las que van al mercado de trabajo con una desventaja potencial*. Esta distinción sistemática —a través del riesgo determinado por el mercado que se identifica como el “potencial” de concebir un niño— mantiene ancladas a la esfera IMM a quienes encarnan el significante “mujer”. Por lo tanto, debido a que el capital es una abstracción “sexualmente neutral”, castiga concretamente a las mujeres por tener un sexo, aunque esa “diferencia sexual”

es producida por las relaciones sociales capitalistas y es absolutamente necesaria para la reproducción del capitalismo. Podría imaginarse una situación hipotética en la que los empleadores no se preguntaran por el género de quien busca trabajo, sino que solo premiaran a quienes tienen “mayor movilidad” y son “más confiables 24/7”; pero incluso en este caso el prejuicio del género reaparecería más fuerte que nunca. De manera aparentemente contradictoria, una vez que la diferencia sexual se define y reproduce estructuralmente, la mujer como portadora de fuerza de trabajo con un costo social mayor se convierte en su opuesto: la mercancía fuerza de trabajo con un precio menor.

De hecho, los trabajos mejor pagados —esto es, los que pueden tender a pagar más que la reproducción de una sola persona— son aquellos de los que se espera un cierto grado de cualificación. En esos sectores especializados, los capitalistas están dispuestos a hacer una inversión en las habilidades del trabajador sabiendo que se beneficiarán de ello a largo plazo. Por lo tanto, favorecerán a la fuerza de trabajo que es posiblemente la más confiable durante un período prolongado. Si es probable que el trabajador se vaya, entonces ella no será una buena inversión y tendrá un precio más bajo. Esta etiqueta de precio menor, que se fija a quienes se conciben como el tipo de personas que “tienen hijos”, no está determinada por la clase de habilidades que se cultivan en la esfera IMM. Aunque la esfera a la que una mujer es relegada está llena de actividades que requieren entrenamiento de por vida, esto no aumenta el precio de su fuerza de trabajo, pues ningún empleador tiene que pagar por su adquisición. En consecuencia, el capital puede usar la fuerza de trabajo de las mujeres en ciclos cortos y a precios bajos.

De hecho, la tendencia general hacia la “feminización” no indica la asignación de género al mercado “sexualmente neutral”, sino el movimiento del capital hacia la utilización de fuerza de trabajo barata, a corto plazo y flexible, cada vez más descualificada y “justo a tiempo”, bajo condiciones de acumulación globalizadas y postfordistas. Debemos aceptar esta definición de feminización como fundamental antes

de atender a la emergencia del sector de servicios y al cada vez más importante trabajo de cuidados y afectivo que es parte integral de este “giro feminizador”. Este giro ocurre históricamente a través del desenvolvimiento dinámico de las relaciones sociales capitalistas, un proceso que veremos en las últimas dos partes del texto. Primero, sin embargo, debemos resumir lo que hasta ahora hemos aprendido acerca del género e intentar una definición. Esto requiere el análisis y la crítica de otro par de términos común: sexo y género.

[ADDENDUM 2: A PROPÓSITO DE LAS MUJERES, LA BIOLOGÍA Y LOS NIÑOS]

La definición de las mujeres como “quienes tienen hijos” presupone un vínculo necesario entre 1) el hecho de tener un órgano biológico (el útero), 2) el hecho de tener un hijo (estar embarazada), 3) el hecho de tener una relación específica con el resultado de ese embarazo. La combinación de los tres oculta:

1. Por un lado, los mecanismos que evitan, favorecen o imponen el hecho de que alguien con un útero se embarace y con qué frecuencia eso ocurrirá²². Estos mecanismos incluyen: la institución del matrimonio, la disponibilidad de anticonceptivos, los mecanismos que imponen la heterosexualidad como una norma y (al menos por mucho tiempo y todavía en muchos lugares) la prohibición/vergüenza relacionada con las formas del sexo que no llevan al embarazo (sexo oral/anal, etc.).
2. Por otro lado, la definición cambiante de qué es un niño y cuál es el nivel de cuidados que necesita. Aunque hubo un periodo en el que los niños eran considerados mitad animales, criaturas medio humanas a las que solo había que limpiar y alimentar hasta que se convirtieran en pequeños adultos —es decir, capaces de trabajar—, la realidad moderna de la infancia y sus requerimientos convierten el “tener hijos” generalmente en un asunto interminable.

4. SEXO/GÉNERO

Ahora estamos preparadas para enfrentar la pregunta sobre el género. ¿Qué es el género? Para nosotras el género es el *anclaje* de cierto grupo de individuos a una esfera específica de actividades sociales. El resultado de este proceso de anclaje es, al mismo tiempo, la reproducción continua de dos géneros separados.

Estos géneros se materializan como un conjunto de características ideales que definen lo “masculino” o lo “femenino”. Sin embargo, en tanto lista de cualidades psicológicas y de comportamiento, estas características están sujetas a cambios durante el transcurso de la historia del capitalismo; pertenecen a períodos específicos; corresponden a ciertas partes del mundo e incluso, dentro de lo que podríamos llamar “Occidente”, no se asignan necesariamente de la misma forma a todas las personas. Sin embargo, en tanto dualidad, los géneros existen en relación recíproca, independiente del tiempo y el espacio, incluso si sus modos de aparición están siempre en constante cambio.

El sexo es la otra cara del género. Siguiendo a Judith Butler, criticamos el par de términos género/sexo tal como aparece en la literatura feminista previa a los 90. Butler demuestra, correctamente, que tanto el sexo como el género se construyen socialmente y que además es la “socialización” o la vinculación del “género” con la cultura lo que ha relegado el sexo al polo “natural” de la dualidad naturaleza/cultura. De manera similar, afirmamos que estas son categorías sociales binarias que desnaturalizan el género a la vez que naturalizan el sexo. Para nosotras, el sexo es la naturalización de la proyección binaria del género sobre los cuerpos que incorpora diferencias biológicas a apariencias discretas y naturalizadas.

Mientras que Butler llegó a esta conclusión a través de una crítica de la ontología existencialista del cuerpo²³, nosotras lo hicimos a través de una analogía con otra forma social. El valor, como el género, necesita su otro polo “natural” (es decir, su manifestación concreta). De hecho,

la relación de dualidad entre sexo y género, como los dos lados de la misma moneda, es similar a los aspectos duales de la mercancía y al fetichismo inherente a ella. Como explicamos anteriormente, cada mercancía, incluyendo la fuerza de trabajo, es simultáneamente valor de uso y valor de cambio. La relación entre las mercancías es una relación social entre cosas y una relación material entre personas.

Siguiendo esta analogía, el sexo es el cuerpo material que se adhiere al género como el valor de uso se adhiere al valor (de cambio). El *fetichismo del género* es una relación social que actúa sobre estos cuerpos de modo que aparece como una característica natural de los propios cuerpos. Aunque el género consiste en la abstracción de la diferencia sexual de todas sus características concretas, esa abstracción transforma y determina el cuerpo al que se adhiere, tal como la abstracción real del valor transforma el cuerpo material de la mercancía. El género y el sexo combinados le dan a aquellos inscritos en esta dualidad una apariencia natural (“con una objetividad espectral”), como si el contenido social del género estuviera “escrito sobre la piel” de los individuos concretos.

La transhistorización del sexo es comparable a una limitada crítica del capital que sostiene que el valor de uso es transhistórico en vez de históricamente específico al capitalismo. Esta crítica considera el valor de uso como aquello que permanece positivamente luego de la revolución, la cual se piensa como la liberación del valor de uso del tegumento del valor de cambio. En relación a nuestra analogía con el sexo y el género, debemos ir un paso más allá y decir que tanto el género como el sexo son determinados históricamente. Ambos son totalmente sociales y solo pueden abolirse juntos tal como el valor de cambio y el valor de uso tendrán que abolirse simultáneamente en el proceso de comunización. Desde esta perspectiva, nuestro análisis feminista inspirado en la teoría del valor refleja la crítica de Butler en la medida en que consideramos la dualidad sexo/género como socialmente determinada y producida a través de condiciones sociales específicas de la modernidad.

LA DESNATURALIZACIÓN DEL GÉNERO

Pero el género no es una forma social estática. La abstracción del género se desnaturaliza cada vez más haciendo que el sexo aparezca tanto más concreto y biológico. En otras palabras, si el sexo y el género corresponden a los dos lados de la misma moneda, la relación entre el género y su contraparte naturalizada no es estable. Existe entre ellos una discrepancia potencial, que algunos han denominado como un “problema” y nosotras como “desnaturalización”.

Con el tiempo, el género se vuelve cada vez más abstracto y define la sexualidad cada vez más arbitrariamente. La comercialización y mercantilización del género parece progresivamente *desnaturalizar* el género de elementos biológicos *naturalizados*. Se podría decir que el propio capitalismo deconstruye el género y lo desnaturaliza. La naturaleza —cuya creciente superfluidad va de la mano de la continua necesidad del género— aparece como la presuposición del género en vez de su efecto. En términos más familiares, reflejando el “problema” del capital con el trabajo: la “naturaleza” (el lado “natural” del par sexo/género) se vuelve cada vez más superflua en relación con la reproducción generacional del proletariado, mientras que el “costo” asignado a los cuerpos “femeninos” —o la contraparte del sexo— se vuelve cada vez más esencial para la acumulación de capital como tendencia hacia la feminización. Por lo tanto, la reproducción del género es de gran importancia, en tanto reproducción de fuerza de trabajo de bajo costo, mientras que un ejército de reserva de proletarios se vuelve cada vez más redundante como población excedentaria.

Lo que el género femenino señala —aquello que es socialmente inscrito sobre los cuerpos “naturalizados”, “sexuados”— no es solamente un conjunto de características “femeninas” o “de género”, sino, esencialmente, una etiqueta de precio. La reproducción biológica tiene un costo social que *no está incluido* en la fuerza de trabajo (masculina) promedio; se vuelve la carga de aquellas a quienes se les asigna su costo, sin importar

si pueden tener hijos o si querrán hacerlo. Es en este sentido que una abstracción, un *promedio de género*, se refleja en la organización de los cuerpos de la misma manera que el valor de cambio, un promedio ciego del mercado, se proyecta sobre la producción moldeando y transformando la organización de la producción social y la división del trabajo. En este sentido, la transformación de la condición de las relaciones de género ocurre a espaldas de quienes define. Y, en este sentido, el género es constantemente impuesto y *renaturalizado*.

5. LA HISTORIA DEL GÉNERO EN EL CAPITALISMO: DESDE LA CREACIÓN DE LA ESFERA IMM A LA MERCANTILIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DETERMINADAS POR EL GÉNERO

Para entender este proceso dialéctico de desnaturalización y renaturalización debemos primero volver a rastrear las transformaciones en la relación de género durante el transcurso del modo de producción capitalista e intentar una periodización. En este nivel más concreto, hay varias entradas posibles y optamos por una periodización de la familia, puesto que es la unidad económica que reúne las esferas indirectamente mediada por el mercado (IMM) y directamente mediada por el mercado (DMM) que delimitan los aspectos de la reproducción proletaria. Debemos tratar de descifrar si los cambios en la forma familia corresponden a transformaciones en el proceso de valorización del trabajo.

I. LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA Y LA FAMILIA EXTENDIDA

Durante el periodo de la acumulación primitiva, un gran problema que enfrentaba la clase capitalista era cómo ajustar perfectamente la relación entre las esferas IMM y DMM de tal manera que los trabajadores, por una parte, se vieran obligados a sobrevivir solo a través de la venta de su fuerza de trabajo y, por otra, fueran asignados suficientes bienes personales para continuar su autoabastecimiento sin aumentar

el costo de la fuerza de trabajo²⁴. De hecho, en el momento en que se constituyó la esfera IMM, tuvo que asumir tanta reproducción de fuerza de trabajo como fuera posible, ser lo más grande que pudiera, pero *solo lo suficiente* como para que la proporción de autoabastecimiento permitida, sin embargo, requiriera del retorno de la fuerza de trabajo al mercado. Por lo tanto, la esfera IMM al suplementar el salario estaba subordinada al mercado como presuposición necesaria de las relaciones salariales y la explotación capitalista y como su resultado inmediato.

Durante la transición entre el siglo XVIII y XIX, la familia —situada en el hogar como unidad de producción— se convirtió en *la* unidad económica mediadora entre las esferas IMM y DMM de la reproducción de la fuerza de trabajo. Sin embargo, durante la primera parte del siglo XIX, en la medida en que no existían los beneficios de jubilación y en tanto que se esperaba que los niños fueran a trabajar antes de alcanzar la pubertad, la familia estaba constituida por varias generaciones que vivían juntas en el mismo hogar. Además, las actividades de la esfera IMM no eran llevadas a cabo por mujeres casadas solas; de hecho, eran realizadas con la ayuda de los niños, las abuelas y otras parientes femeninas e incluso inquilinas. Si únicamente los varones adultos de la familia, “doblemente libres”²⁵, podían ser legalmente los dueños del salario, esto no significaba que las mujeres adultas y los niños pequeños no trabajaran también fuera del hogar.

De hecho, en los comienzos de la industrialización, las mujeres constituían un tercio de la fuerza de trabajo. Al igual que los niños, las mujeres no decidían si obtendrían un empleo, ni dónde lo harían o qué trabajo realizarían, sino que fueron más o menos subcontratadas por sus esposos o padres. (Marx incluso comparó esto con algunas formas del comercio de esclavos: el jefe de familia negociaba el precio de la fuerza de trabajo de su esposa e hijos y decidía si aceptar o no el trabajo. Y no nos olvidemos de que en algunos países, como Francia y Alemania, las mujeres solo consiguieron el derecho a trabajar sin la autorización de sus esposos en los años 60 o 70). Lejos de ser un signo

de la emancipación de las mujeres, o de las perspectivas modernas del esposo, las mujeres que trabajaban fuera del hogar eran un indicador flagrante de pobreza. Aunque generalmente se esperaba que las mujeres casadas permanecieran en el hogar cuando la familia podía costearlo (donde casi siempre realizaban labores productivas, especialmente, para la industria textil), muchas mujeres nunca se casaron —pues era un negocio costoso— y algunas se suponía que no debían embarazarse para formar su propia familia. A menudo las hijas más jóvenes eran enviadas a otras familias para que se convirtieran en sirvientas o ayudantes quedando así “oficialmente” solteras. Por lo tanto, aunque las responsables de la esfera IMM eran siempre mujeres y los responsables por el salario eran siempre hombres (por definición, podríamos decir), durante este período los dos géneros y las dos esferas no coincidían perfectamente.

II. LA FAMILIA NUCLEAR Y EL FORDISMO

Durante la segunda parte del siglo XIX, que algunos denominan como la Segunda Revolución Industrial, hubo un movimiento progresivo hacia la familia nuclear como la conocemos hoy. En primer lugar, luego de décadas de luchas obreras, el Estado intervino para restringir el empleo de las mujeres y los niños, en parte, porque enfrentaba una crisis de la reproducción de la fuerza de trabajo. Se esperaba que la fuerza de trabajo se volviera más cualificada (la alfabetización, por ejemplo, se transformó cada vez más en una habilidad requerida para acceder a un empleo) y se le prestó cada vez más atención a la educación de los niños. Una nueva categoría emergió, la de la infancia, con sus necesidades específicas y etapas de desarrollo. El cuidado de los niños se volvió un asunto complicado que ya no podía ser confiado a los hermanos mayores²⁶.

Este proceso finalizó con el Fordismo y sus nuevos estándares de reproducción y consumo. Con la generalización de los beneficios de

jubilación y los hogares de ancianos, se separó a las generaciones en casas individuales. La distribución de las responsabilidades familiares entre marido y mujer se definió estrictamente a través de la separación de las esferas. Las actividades IMM que solían ser llevadas a cabo en conjunto con otras mujeres (como lavar la ropa) pasaron a ser la responsabilidad individual de una mujer adulta por hogar. La vida de la mujer casada llegó con frecuencia a estar totalmente confinada a la esfera IMM. Esta se convirtió en el destino de la mayoría de las mujeres y sus vidas enteras (incluyendo su personalidad, deseos, etc.) fueron moldeadas por este destino.

Por lo tanto, fue con la familia nuclear (durante un periodo específico del capitalismo y, de forma importante, en un área específica del mundo) que el género se convirtió en un dualismo rígido que coincide perfectamente con las esferas. Este se volvió una norma estricta, lo que no significa que todos encajen en él. Muchas de las feministas que se refieren al género como un conjunto de características que definen la “feminidad” y la “masculinidad” tienen en mente las normas de este periodo. A partir de este momento, los individuos identificados como mujeres nacieron con unos destinos de vida diferentes a los de los individuos definidos como hombres, vivían en “planetas diferentes” (unos en Marte...), y fueron socializados como dos tipos distintos de sujetos. Esta distinción atraviesa todas las clases.

Ya sin recibir la ayuda de otros miembros de la familia y realizando las actividades IMM aisladas dentro de cuatro paredes, las mujeres casadas se vieron forzadas a llevar solas toda la carga de las actividades IMM. Este aislamiento no habría sido posible sin la introducción de los electrodomésticos que transformaron las tareas físicas más extremas en quehaceres que podían llevarse a cabo en soledad. La lavadora, el agua de cañería, el calentador de agua: todos estos dispositivos ayudaron a reducir dramáticamente el tiempo que se empleaba en algunas actividades IMM. Pero cada minuto ganado estaba lejos de aumentar el tiempo de ocio del ama de casa. Cada momento libre tenía que usarse

para elevar los estándares de la reproducción: las ropas se lavaban más seguido, las comidas se hicieron cada vez más variadas y saludables y, lo más importante, el cuidado de los niños se convirtió en una actividad que consume todo el tiempo disponible, desde el cuidado infantil a la facilitación de actividades de ocio.

III. LOS AÑOS 70: LA SUBSUNCIÓN REAL Y LA MERCANTILIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES IMM

Está claro que la mercantilización de las actividades IMM no es un fenómeno nuevo. Ya desde los inicios del capitalismo era posible comprar comidas preparadas en vez de cocinarlas, comprar ropa nueva en vez de repararla, pagar una sirvienta para cuidar a los niños o hacer las labores domésticas. Sin embargo, estos eran privilegios de las clases media y alta. De hecho, cada vez que una actividad IMM se convierte en mercancía tiene que pagarse con el salario. Por lo tanto, el consumo masivo de estas mercancías solo habría sido posible durante períodos de constantes aumentos salariales, pues estos servicios, en la medida en que eran formalmente subsumidos, aumentaban el valor de cambio del trabajo necesario en proporción inversa al plusvalor.

Sin embargo, como consecuencia de las posibilidades abiertas por la subsunción real, el valor de algunas de estas mercancías puede disminuir al mismo tiempo que se producen masivamente. Los avances en la productividad vuelven estas mercancías cada vez más asequibles y algunas de ellas —especialmente, las comidas preparadas y los electrodomésticos— de forma lenta pero segura se volvieron asequibles con el salario. No obstante, algunas actividades IMM son difíciles de mercantilizar a un precio lo suficientemente bajo como para ser costeables por cualquier salario. De hecho, incluso si es posible mercantilizar el cuidado de los niños, no se puede hacer avances en la productividad que permitan reducir su costo. Aunque la alimentación, el lavado de la ropa, etc. puedan ser ejecutados de forma más eficiente, el tiempo

de cuidado de los niños nunca se reduce. No se puede cuidar un niño *más rápido*: los niños tienen que ser atendidos las 24 horas del día.

Lo que se puede es racionalizar su cuidado, por ejemplo, haciendo que el Estado lo organice y reduciendo con ello el número de adultos por niño. Sin embargo, la cantidad de niños que un adulto puede cuidar es limitada, especialmente si, en ese proceso, este adulto tiene que impartir un estándar específico de socialización, conocimiento y disciplina. Esta labor también puede ser llevada a cabo por la mano de obra más barata posible, es decir, por aquellas mujeres cuyos salarios sean más bajos que el salario de una madre trabajadora. Pero en este caso las actividades IMM son simplemente transferidas a los sectores peor pagados de la población total. Por lo tanto, el problema no se reduce. Por el contrario, sus efectos negativos son redistribuidos, usualmente, a migrantes pobres y mujeres racializadas.

Vemos entonces que todas estas posibilidades son limitadas: siempre hay un residuo al que nos referiremos como *el abyecto*²⁷, es decir, aquello que no puede ser subsumido o que no vale la pena hacerlo. Obviamente, este residuo no es abyecto *per se*: existe como abyecto a raíz del capital y este le da forma. Siempre existe este residuo que tiene que permanecer fuera de las relaciones mercantiles y la pregunta sobre quién tiene que realizarlo en la familia siempre será, por decir lo menos, una cuestión conflictiva.

6. CRISIS Y MEDIDAS DE AUSTERIDAD: EL ASCENSO DEL ABYECTO

Con la crisis actual, todo indica que el Estado se opondrá cada vez más a organizar las actividades IMM, pues solo significan un costo. El gasto público en el cuidado de niños, el cuidado de ancianos y la asistencia médica son lo primero que se reduce, sin mencionar la educación y los programas para después de la escuela. Estos se volverán DMM

para quienes pueden pagarlos (privatización) o caerán en la esfera de la mediación del mercado indirecta no-asalariada aumentando, por lo tanto, el abyecto.

El alcance de esto todavía está por verse, pero la tendencia ya es clara en los países afectados por la crisis. En los Estados Unidos, y en la mayoría de los países de la Eurozona (con la notable excepción de Alemania), los gobiernos están reduciendo sus gastos para disminuir la proporción de sus deudas con respecto al PIB²⁸. Países como Grecia, Portugal y España, pero también el Reino Unido, están disminuyendo drásticamente sus gastos en salud y cuidado de niños. En Grecia y Portugal se están cerrando los jardines infantiles públicos. En Grecia, Portugal, Italia y la República Checa se han reportado violaciones de los derechos de las mujeres embarazadas a la licencia de maternidad y beneficios familiares o a la reanudación de sus trabajos luego del descanso postnatal²⁹. En el Reino Unido, donde las guarderías del Estado están cerrando una por una, el *Feminist Fight Back*, un grupo feminista anticapitalista relacionado con la campaña de las guarderías *Hackney*, describe la situación de la siguiente manera:

En todo el Reino Unido, las autoridades locales han empezado a anunciar reducciones importantes en el financiamiento de los servicios sociales, desde las librerías y los servicios médicos hasta los espacios de recreación infantiles y los grupos de arte, pasando por los centros de crisis para víctimas de violación hasta los servicios públicos de atención a mujeres en situación de violencia. Particularmente importantes para las mujeres son los profundos efectos que se sentirán en los servicios infantiles, tanto en las guarderías municipales como comunitarias y los centros estandarte del *New Labour*, *Sure Start*, que ofrecen una variedad de servicios a los padres en el formato de “ventanilla única”³⁰.

En un país donde el mismo primer ministro promueve la organización de los servicios comunitarios “de manera voluntaria”, bajo la idea política central de la “*Big Society*”, una cultura “donde las personas en

su vida cotidiana, en sus hogares, en sus vecindarios, en sus lugares de trabajo... se sienten lo suficientemente libres y empoderadas para ayudarse a sí mismas y a sus propias comunidades”³¹, las feministas anti-estatistas confrontan un dilema:

Nuestro objetivo es la provisión de servicios “en y contra el Estado”. Esto plantea una cuestión central en la lucha por los bienes públicos y los recursos compartidos y el trabajo: ¿cómo podemos asegurarnos de que nuestros esfuerzos autónomos para reproducir nuestras comunidades no creen simplemente la *Big Society* de Cameron? —¿respaldando de este modo la lógica de que si el Estado ya no nos proveerá tendremos que hacerlo nosotras mismas?—³².

La lucha por los jardines infantiles que ocurrió en Poznan (Polonia) en el 2012 también refleja este dilema. La municipalidad está transfiriendo lentamente todos los jardines infantiles públicos a instituciones privadas para ahorrar costos. Cuando los trabajadores de una de las guarderías protestaron junto con padres y activistas contra la privatización, las autoridades locales inventaron la opción de dejar que los trabajadores organizaran la guardería, pero sin darles ningún subsidio o garantías. Esto lo convirtió en una opción bastante poco atractiva que fue eventualmente rechazada por los trabajadores y los padres³³.

Sin embargo, algunas feministas marxistas parecen glorificar la autoorganización de las actividades IMM por parte de las mujeres como un paso necesario en la creación de una sociedad alternativa. Por ejemplo, Silvia Federici escribe en su texto del 2010 “El feminismo y las políticas de lo común en una era de acumulación primitiva”:

Si la *casa es el oikos* sobre el que se construye la economía, entonces son las mujeres, tradicionalmente las trabajadoras y las prisioneras domésticas, las que deben tomar la iniciativa de reclamar el hogar como el centro de la vida colectiva, de una vida transversal a múltiples personas y formas de cooperación, que proporcione seguridad sin aislamiento y sin obsesión,

que permita el intercambio y la circulación de las posesiones comunitarias, y sobre todo que cree los cimientos para el desarrollo de nuevas formas colectivas de reproducción. [...] Llegados a este punto queda por precisar o clarificar que el asignar a las mujeres esta tarea de puesta en común/colectivización de la reproducción no es ninguna concesión a la visión naturalista de la “feminidad”. Comprensiblemente, muchas feministas verían esta posibilidad como “un destino peor que la muerte”. [...] Pero, citando a Dolores Hayden, la reorganización del trabajo reproductivo, y en consecuencia la reorganización de la estructura domiciliaria y del espacio público, no es una cuestión de identidad, es una cuestión laboral y, podríamos añadir, una cuestión de poder y seguridad³⁴.

Silvia Federici está en lo correcto: consideramos esta posibilidad peor que la muerte. Y su respuesta a esta objeción, para la que cita a Dolores Hayden de forma bastante libre, no apunta al centro del asunto: la cuestión del trabajo es un cuestión de identidad³⁵. Aunque puede que, en la crisis, no tengamos más opción que autoorganizar estas actividades reproductivas —y aunque, más posiblemente, la reproducción abyecta será finalmente impuesta a las mujeres— debemos luchar contra este proceso que refuerza el género. Debemos tratarlo como lo que es: una autoorganización del abyecto, de lo que nadie más quiere hacer.

Aquí es importante decir que aunque las actividades IMM no-asalariadas y el abyecto puedan referirse a las mismas actividades concretas estos dos conceptos deben ser diferenciados. De hecho, la categoría del abyecto se refiere específicamente a las actividades que se volvieron asalariadas en algún momento, pero que están en proceso de retornar a la esfera IMM no-asalariada, puesto que se han vuelto demasiado costosas para el Estado o el capital. Mientras que el concepto de IMM es una categoría puramente estructural, independiente de cualquier dinámica, el concepto de abyecto comprende las especificidades de estas actividades y el proceso de su asignación en el periodo actual. De hecho, podemos decir que, aunque muchas de nuestras madres y abuelas fueron atrapadas por la esfera de las actividades IMM, el problema que enfrentamos

hoy es diferente. No es que tengamos que “volver a la cocina”, aunque solo sea porque *no podamos costearlo*. Nuestro destino, más bien, es *tener que lidiar con el abyecto*. A diferencia de las actividades IMM del pasado, este abyecto en gran medida ya ha sido desnaturalizado. No aparece como un desafortunado destino natural para aquellas que lo realizan, sino más bien como una carga extra con la que se debe lidiar al mismo tiempo que con el trabajo asalariado³⁶. Tener que lidiar con él es hoy el lado oscuro del género y esto nos ayuda a verlo como lo que es: una restricción poderosa³⁷.

De hecho, este proceso de desnaturalización crea la posibilidad de que el género aparezca como *una restricción externa*. Esto no quiere decir que la restricción del género sea menos poderosa que antes, sino que ahora puede verse como una restricción, es decir, como algo por fuera de uno mismo que puede abolirse.

Un último pensamiento a modo de conclusión: si es cierto que el momento actual nos permite ver nuestra pertenencia de clase y de género como restricciones externas, esto no es puramente accidental. ¿O puede serlo? Esta pregunta es fundamental para comprender la lucha que lleva a la abolición del género, es decir, la lucha que lleva a individuos no identificados con algún género a la reproducción de una vida en la que se han abolido todas las esferas separadas de la actividad humana.

NOTAS

LA COMUNIZACIÓN Y LA ABOLICIÓN DEL GÉNERO

1 Multitud es un concepto que han elaborado Negri y Hardt basándose en el trabajo de Spinoza. En su libro *Multitud* (2004) definen el término como la “inteligencia del enjambre”, el sujeto social que constituye la “carne verdadera de la producción posmoderna” y que está compuesto por una irreductible “multiplicidad de singularidades”. En lo que respecta a Precariado, es un concepto que fue acuñado por Guy Standing en su libro *El Precariado: una nueva clase social* (2011). El término proviene de la conjunción de los términos precario y proletario y define a una emergente clase social caracterizada por relaciones específicas con el Estado y de producción y distribución. En primer lugar, el Precariado estaría conformado por todos aquellos que aún contando con un alto nivel de educación, solo pueden acceder a trabajos temporales muy por debajo de sus habilidades profesionales. A raíz de esta falta de continuidad de empleo, el Precariado carecería de una identidad laboral y se encontraría sometido a una gran inestabilidad vital. En segundo lugar, y derivado de la anterior, el Precariado estaría excluido de los beneficios no salariales que otorgan las empresas a sus trabajadores y por esto solo contaría con el salario monetario como fuente de ingresos. Finalmente, y a raíz de su marginalidad social, el Precariado gozaría de menos derechos que otras clases que gozan de estabilidad laboral. (NdelaT)

2 Ver *Miseria y Deuda*, Endnotes n° 2 (2010), <https://endnotes.org.uk/issues/2/es/endnotes-miseria-y-deuda>.

3 Un “anillo decodificador secreto” se trata de un objeto que permite descifrar o encriptar mensajes siguiendo una sustitución simple de letras y números. Los decodificadores secretos derivan de los discos o tablas de cifrados. Uno de los primeros discos de cifrados polialfabéticos fue inventado por el artista, arquitecto, poeta, cura, lingüista, filósofo y criptógrafo Leon Battista alrededor de 1466. El primer anillo decodificador propiamente tal apareció en 1960 como una estrategia de marketing del programa de televisión *Jonny Quest*. (NdelaT)

4 Para un debate al respecto ver Endnotes n° 1 (2008), <http://endnotes.org>.

5 Théorie Communiste, *The Present Moment* [El momento presente], no publicado.

6 Christine Delphy y Diana Leonard, *Familiar Exploitation* [Explotación familiar] (Cambridge: Polity Press, 1992).

7 No todos los seres humanos encajan en las categorías de hombre y mujer. La cuestión no es usar el lenguaje de la biología para fundamentar una teoría de la sexualidad naturalizada a diferencia de un género socializado. La naturaleza, que está exenta de distinciones, se integra a una estructura social que toma constantes de la naturaleza y los transforma en normas de comportamiento. No todas las “mujeres” tienen hijos; tal vez algunos “hombres” lo hacen. Esto no los hace menos obedientes de las restricciones de la sociedad, incluso a nivel de sus propios cuerpos, que a veces son alterados al nacer para garantizar la conformidad con las normas sexuales.

8 Estas estadísticas dejan claro en qué medida la violencia contra las mujeres, algunas veces llevada a cabo por las propias mujeres, siempre ha sido necesaria para mantenerlas firmemente sujetas a su rol en la reproducción sexual de la especie. Ver Paola Tabet, *Natural Fertility, Forced Reproduction* [Fertilidad natural y reproducción forzada], en Diana Leonard y Lisa Adkins, *Sex in Question* [Sexo en cuestión] (London: Taylor and Francis, 1996).

9 Para una introducción a la demografía ver Massimo Livi-Bacci, *Historia mínima de la población mundial* (Barcelona: Critica, 2009).

10 Ellen Meiksins Wood, *Capitalism and Human Emancipation* [Capitalismo y emancipación humana], *New Left Review* I/167 (Jan-Feb 1988): 3-20.

11 “La diferencia entre el trabajo productivo y el improductivo consiste tan solo en si el trabajo se intercambia por dinero como dinero o por dinero como capital” (Marx). Un trabajo es productivo cuando valoriza directamente el capital, es decir, si una empresa de limpieza contrata a un grupo de mujeres para que limpie edificios por las noches, y ocupa una parte de las ganancias obtenidas de la explotación de estas para expandirse, por ejemplo, contratando más trabajadoras para limpiar más edificios. En cambio, si una de esas mujeres es contratada por alguien que trabaja en esos edificios para que limpie su casa simplemente para ahorrarse tiempo, entonces el trabajo de esa mujer es improductivo porque su capacidad de trabajo no es directamente usada para producir más dinero, esto es, para valorizar el capital. (NdelaT)

12 El término viene de Japón, ver Makoto Itoh, *The Japanese Economy Reconsidered* [Una reconsideración de la economía japonesa] (Palgrave 2000).

13 Johanna Brenner y Maria Ramas, *Rethinking Women's Oppression* [Repensar la opresión de las mujeres], *New Left Review* I/144 (Mar-Apr 1984): 33-71.

14 Ibid.

15 Para una teoría más desarrollada de la relación de las mujeres con la propiedad ver *Notes on the New Housing Question* [Apuntes sobre el nuevo problema de la vivienda], *Endnotes* n° 2 (2010): 52-66, <http://endnotes.org.uk/articles/3>.

16 Las bases de este aflojamiento, así como su temporalidad, siguen sin ser explicadas dentro de los límites de la teoría queer.

17 Brenner and Ramas, *Rethinking Women's Oppression*.

18 En este sentido, estamos interesados, por supuesto, solo en la historia de la situación de las mujeres dentro del movimiento de los trabajadores. Los sufragistas burgueses argumentaron a favor del voto basado en el requisito de la propiedad, excluyendo así a las mujeres como enemigas de clase. Hacia la mitad del siglo XX, estos mismos burgueses se convirtieron en los defensores del rol maternal de las mujeres, al mismo tiempo que fundaban organizaciones para controlar el cuerpo de las mujeres entre las 'clases peligrosas'.

19 Joan W. Scott, *Only Paradoxes to Offer* [Solo paradojas para ofrecer] (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1996).

20 El feminismo radical siguió una curiosa trayectoria en la segunda mitad del siglo xx tomando como bases de la opresión de las mujeres primero la maternidad, luego el trabajo doméstico y finalmente la violencia sexual (o el orgasmo masculino). El problema fue que en cada caso estas feministas buscaron un fundamento ahistórico para lo que se había vuelto un fenómeno histórico

21 Al respecto de la historia de la situación de las mujeres en el movimiento de los trabajadores ver Geoff Eley, *Forging Democracy* [Forjando la democracia] (Oxford: Oxford University Press, 2002).

22 *Théorie Communiste*, *Mucho ruido y pocas nueces*, *Endnotes* n°1 (2008), <https://endnotes.org.uk/issues/1/es/theorie-communiste-mucho-ruido-y-pocas-nueces>

EL CIRCUITO BASADO EN EL GÉNERO

1 Esta crítica puede sintetizarse en la siguiente afirmación hecha por el grupo *Aufheben* en su reseña del *L'arcano della riproduzione*: Fortunati, según

Aufheben, abusa de las “categorías Marxistas de productivo, improductivo, valor y trabajo abstracto” para convertir la reproducción en una cuestión “esencial en la evaluación política (¿o moral?) del rol y el antagonismo ofrecido por secciones del proletariado”. (*The arcane of reproductive production* [El arcano de la producción reproductiva], disponible en internet en libcom.org).

2 Silvia Federici, “Salarios contra el trabajo doméstico” (1975) en *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (Traficantes de Sueños, 2013), 35.

3 Ibid., 39.

4 Ibid., 36.

5 “nada puede ser más efectivo que demostrar que nuestras virtudes femeninas ya poseen un valor económico calculable: hasta ahora solo lo tenían para el capital, incrementado en la medida en que éramos derrotadas; a partir de ahora, contra el capital, y para nosotras, en la medida en que organizamos nuestro poder”. Ibid., 41.

6 Silvia Federici, “La reproducción de la fuerza de trabajo en la economía global y la inacabada revolución feminista” (2008) en *Revolución en punto cero*, 156.

7 Ibid., 157.

8 Marx, *El Capital*, libro 1, trans. Ben Fowkes (London: Penguin, 1976), 275. [traducción propia]

9 Ibid., 279. [traducción propia]

10 Ibid., 274. [traducción propia]

* En la traducción al español de “sus medios de subsistencia” y “su mantenimiento” se ha perdido la designación de género que se señala originalmente en el texto. Por lo tanto, es importante señalar que aquí se refiere específicamente a los medios de subsistencia y mantenimiento del trabajador varón. (N. de la T.)

** En inglés: “categorical placeholders”. (N. de la T.)

11 Selma James y Mariarosa Dalla Costa, *The Power of Women and the Subversion of the Community* [El poder de la mujer y la subversión de la comunidad] (Falling Wall Press, 1972), 33-34. [traducción propia]

12 Ibid., 28.

13 Leopoldina Fortunati, *The Arcane of Reproduction* [El arcano de la reproducción] (New York: Autonomedia, 1995), 15. [traducción propia]

14 Ibid., 14.

15 Ibid., 69.

16 Andrea Righi llama nuestra atención sobre este descubrimiento en su libro sobre el carácter biopolítico de su trabajo [el de la trabajadora doméstica], aunque no saca a la luz las implicaciones del trabajo indirecto. Ver *Biopolitics and Social Change in Italy: From Gramsci to Pasolini to Negri* [Biopolítica y cambio social en Italia: de Gramsci a Pasolini y a Negri] (New York: Palgrave Macmillan, 2011), 58.

17 Fortunati, *The Arcane of Reproduction* [El arcano de la reproducción], 16. [traducción propia]

18 Esto no quiere decir que las amas de casa no trabajen también por un salario y que los proveedores ganen todo el pan de la familia. El punto es que son dos categorías diferentes de fuerza de trabajo determinada por el género. Fortunati explica que “la trabajadora, para reproducirse, puede intercambiar su capacidad de trabajo como capacidad para reproducir ya sea por el salario masculino o, si trabaja en la producción de mercancías, por su propio salario... la proletaria debe, para reproducirse, intercambiar su capacidad para reproducir tanto por su propio salario como por el salario masculino a nivel masivo. “Su” salario [el del trabajador varón] rara vez ha podido permitir que “ella” no realice un segundo trabajo”. Ibid., 13-14. [traducción propia]

*** En la traducción al español de “sus horas de tiempo libre” y “su fuerza de trabajo” se ha perdido la designación de género que se señala originalmente en el texto. Por lo tanto, es importante señalar que aquí se refiere específicamente a las horas de tiempo libre y fuerza de trabajo del trabajador varón. (N. de la T.)

19 Ibid.

20 Ibid.

21 Ibid.

22 Marx, *El Capital*, libro 2, trans. David Fernbach (London: Penguin, 1978), Capítulo 1, “El circuito del capital dinerario”.

23 Marx, *El Capital*, libro 1, Capítulo 4, “La fórmula general del capital”, 250.

24 Ver en esta edición *La lógica del género: Sobre la separación de las esferas y el proceso de abyección*.

25 Fortunati, *The Arcane of Reproduction* [El arcano de la reproducción], 106-107. [traducción propia]

26 No olvidemos la reproducción generacional, que es el proceso a través del cual otra generación del proletariado es producida por años hasta que puede entrar en el mercado y en el circuito del trabajo asalariado.

27 Este proceso de “cocinar”, por ejemplo, puede y siempre ha sido pagado (al menos potencialmente) dentro de la esfera de la producción directa, en el sector asalariado y de servicios; sin embargo, como señala Fortunati (53), esto no está estructuralmente entre los intereses económicos de ningún miembro de la sociedad, y además, este salario es, bajo condiciones de competencia, reducido al mínimo. Se han hecho muchos estudios, en particular el trabajo de Michael Perelman, para demostrar que la formación de las relaciones salariales, a través de la apropiación de los bienes comunes, etc., ha dependido de un aumento intencionado del salario y el hogar, de tal manera que una gran parte de la “reproducción” se hace estructuralmente afuera del sector productivo con el fin de crear las condiciones de extracción de plusvalor. Hoy, puede suceder que incluso las mujeres pueden relegar este trabajo a trabajadoras domésticas pagadas dentro de sus propias casas y remunerarlas a través de sus propios salarios (de clase media); sin embargo, estas trabajadoras, a menudo mujeres pobres racializadas, son ellas mismas trabajadoras domésticas no pagadas en el hogar, y esta parte no pagada de la reproducción de la fuerza de trabajo no solamente la realizan las mismas mujeres en lugar de sus contrapartes varones, sino que es en conjunto relegada inevitablemente a las menos capaces de “comprar” reproducción, y se hace más bien “gratis” a través de las relaciones capitalistas de explotación basada en el género. Esto es parte esencial del giro postfordista hacia la producción feminizada y el desarrollo desigual en todo el mundo, una discusión que está más allá del alcance de este artículo, aunque teorizada más recientemente por Federici y Dalla Costa.

28 Fortunati, *The Arcane of Reproduction* [El arcano de la reproducción], 51. [traducción propia]

29 Para un análisis completo de la lógica de las esferas basadas en el género, ver *La lógica del género: sobre la separación de las esferas y el proceso de abyección*.

30 Fortunati, *The Arcane of Reproduction* [El arcano de la reproducción], 11. [traducción propia]

31 Ibid, 9. [traducción propia]

32 Ibid, 31. [traducción propia]

33 Federici, en *Revolución en punto cero*, 77.

**** Término que se comenzó a usar en los 70 para describir a las madres que recibían asistencia social. (N. de la T.)

34 Mariarosa Dalla Costa, *The General Strike* [La huelga general] en *All Work and No Pay* [Todo el trabajo y sin paga] (Falling Wall Press, 1975), 127. [traducción propia]

LA LÓGICA DEL GÉNERO

1 A grandes rasgos, el feminismo marxista es una perspectiva que sitúa la opresión de género en términos de la reproducción social y, específicamente, de la reproducción de la fuerza de trabajo. Usualmente, el feminismo marxista considera deficiente el tratamiento de tales temas en Marx y en los posteriores recuentos marxistas del capitalismo y, a la luz de los debates sobre el ‘matrimonio infeliz’ y los ‘sistemas duales’, apoya generalmente la tesis de un ‘sistema único’. Merece también señalarse que este artículo pretende continuar una conversación de los años 70, el ‘debate sobre el trabajo doméstico’, que gira en torno a la relación entre el valor y la reproducción y que despliega categorías marxistas con el objeto de evaluar si el trabajo ‘doméstico’ y ‘reproductivo’ son productivos.

2 Ver *Comunización y teoría de la forma-valor*, Endnotes nº 2 (2010).

3 Marx, *El Capital*, vol. 1 (MECW 35), 565. [traducción propia]

4 Marx, *El Capital*, vol. 1 (MECW 35), capítulo 6.

5 Marx, *El Capital*, vol. 1 (MECW 35), 181. [traducción propia]

6 Por ejemplo, Leopoldina Fortunati: ver *The arcane of reproduction* [El arcano de la reproducción] (Autonomea 1981).

7 Respecto a esto, estamos muy influenciadas por la teoría del valor-escisión de Roswitha Scholz, aun cuando existen algunas diferencias importantes en nuestro análisis especialmente cuando se trata de las dinámicas de género. Ver Roswitha Scholz, *Das Geschlecht des Kapitalismus* [El género del capitalismo] (Horleman 2000).

8 Esto es, tiempo homogéneo. Ver Moishe Postone, *Tiempo, trabajo y dominación social* (Marcel Pons 2006), capítulo 5, “Tiempo abstracto”.

9 La internalización del género en esta asignación de actividades IMM, aquello que llamaremos “naturalización”, obviamente juega un gran papel en esto. En la parte 4 discutiremos más en detalle este mecanismo.

10 El hecho de que el salario no venga con un manual de instrucciones es interesante. Se puede hacer “lo que uno quiera” con él —particularmente aquellos que son sus beneficiarios directos— y, por lo tanto, el salario no se distribuye de

acuerdo a las especificidades de la esfera IMM, es decir, de acuerdo al tamaño de la familia, el estándar de vida o el uso económico/responsable de una fuente de ingresos particular. Este punto requeriría de más atención, pero por ahora basta con decir que en ningún caso es la responsabilidad del capitalista.

11 Claramente, todas las actividades que ocurren en el modo de producción capitalista son sociales, pero ciertas actividades reproductivas son rechazadas por sus leyes como no sociales, pues constituyen *un exterior en el interior de la totalidad del modo de producción capitalista*. Esta es la razón por la que usamos con precaución el par social/asocial que algunas veces se encuentra en los análisis feministas. Un problema con el término es que puede implicar que el “trabajo reproductivo” ocurre en una “esfera asocial” fuera del modo de producción capitalista, en un modo de producción doméstico (ver Christine Delphy, *Close to Home: A Materialist Analysis of Women's Oppression* [Cerca de casa: Un análisis materialista de la opresión de las mujeres] (Hutchinson 1984)) o como un vestigio de un modo de producción previo. Incluso algunas veces puede usarse para argumentar que constituye otro modo de producción que ha permanecido asocial a raíz de su falta de racionalización y que lo que se necesita es la socialización de esta esfera. Pensamos que es menos confuso, y mucho más decidor, enfocarse en el proceso de validación social en sí.

12 Los servicios que se pagan de los ingresos son improductivos y, en este sentido, son parte de la esfera asalariada IMM.

13 Marx nos ofrece una comprensión útil sobre el proceso de naturalización: “El aumento de la población es un poder natural del trabajo por el que nada se paga. Desde la perspectiva presente, usamos el término *poder natural* para referirnos al *poder social*. *Todos los poderes naturales del trabajo social son en sí mismos productos históricos*”. Marx, *Gundrisse* (MECW 28), 327. [traducción propia]

14 Para Marx, la sociedad civil —o lo que se considera sociedad “natural” en la mayoría de las teorías políticas— se sitúa en *oposición* al Estado.

15 Ver Marx, *Sobre la cuestión judía* (MECW 3).

16 El concepto “significante amo” proviene de Lacan. Para entender esto es necesario volver a la definición que este autor hace de significante: “lo que representa al sujeto para otro significante”. ¿Qué significa esto? A propósito Žizek escribe “Las camas en los hospitales antiguos tienen al pie, fuera de la vista del paciente, un pequeño tablero que registra la temperatura del paciente, su presión sanguínea, los medicamentos que le han indicado, etcétera. Ese tablero representa

al paciente, ¿para quién? No simple y directamente para otros sujetos (digamos, para los enfermeros y médicos que regularmente revisan ese tablero), sino principalmente para otros significantes, para la red simbólica de saber médico en la cual los datos del tablero tienen que insertarse para alcanzar su significado” (Violencia en Acto, Zizek). El signifiante amo es entonces un elemento sensible-abstracto que adquiere su contenido solo en relación con la estructura simbólica total. Todos los significantes se encuentran subordinados a él. (N. de la T.)

17 Ver en este número [Endnotes 3] el artículo de Chris Chen *The Limit Point of Capitalist Equality* [El punto límite de la igualdad capitalista].

18 Marx, *El Capital*, vol.1, (MECW 35), 179. [Traducción propia]

19 En Francia, antes de 1965, las mujeres no podían tener un empleo remunerado sin la autorización de sus maridos. En Alemania Occidental estas condiciones se mantuvieron hasta 1977 —ver la parte 5.

20 Creemos que es necesario un análisis de clase que pueda abrirse paso a través de esta maraña de disparidades intraclase, a la vez que tenga en cuenta las disparidades de cada cual con respecto a su propia relación particular y diferencial con la dominación capitalista. En síntesis, la identidad proletaria, en tanto abstracción basada en una forma común de no-libertad, *nunca* ha dado cuenta de la situación de todos los individuos, incluso en el nivel más abstracto. Sería necesario otro análisis más matizado, uno que confrontara la problemática misma de la identidad obrera.

21 Puesto que la creación de una generación futura de trabajadores, que por un periodo de sus vidas no pueden trabajar, es para el capital un costo que rechaza y porque esta actividad se postula como un no-trabajo que le roba tiempo al trabajo.

22 Ver Paola Tabet, *Natural Fertility, Forced Reproduction* [Fertilidad natural, reproducción forzada], en Diana and Lisa Adkins, eds, *Sex in Question: French Materialist Feminism* [Sexo en cuestión: Feminismo materialista francés] (Taylor and Francis 1996).

23 Ver su crítica a la “reproducción acrítica de la distinción cartesiana entre libertad y el cuerpo” de Simone de Beauvoir. Judith Butler, *El género en disputa* (Paidós 2001), capítulo 1: “Sujetos de Sexo/Género/Deseo”.

24 Ver Michael Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation* [La invención del capitalismo: economía política clásica y la historia secreta de la acumulación primitiva] (Duke University Press 2000).

25 En la primera edición impresa de este texto se utilizó equivocadamente el término “singly free” en lugar de “doubly free”. (N. de la T.)

26 Sobre los efectos de la educación obligatoria en las familias proletarias ver Wally Secombe, *Weathering the Storm: Working-Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline* [Capeando la tormenta: Familias proletarias desde la revolución industrial hasta el descenso de la fertilidad] (Verso 1993).

27 Entendemos este término en su sentido etimológico: *ab-yecto*, es decir, aquello que es removido, descartado, *pero de algo de lo cual es parte*.

28 Ver el artículo anterior en esta publicación [Endnotes 3], *The Holding Pattern* [El patrón que se mantiene].

29 Francesca Bettio, *Crisis and recovery in Europe: the labour market impact on men and women* [Crisis y recuperación en Europa: Impacto del mercado de trabajo sobre las mujeres y hombres], 2011.

30 Feminist Fightback Collective, *Cuts are a Feminist Issue* [Los recortes son un problema feminista]. Soundings 49 (Invierno 2011).

31 Discurso de David Cameron sobre “la *Big Society*”, Liverpool, 19 Julio 2010.

32 Feminist Fightback, *Cuts are a Feminist Issue* [Los recortes son un problema feminista].

33 Women with Initiative (from *Inicjatywa Pracownicza-Workers’ Initiative*), *Women workers fight back against austerity in Poland* [Trabajadoras combaten la austeridad en Polonia], Industrial Worker 1743, Marzo 2012.

34 Silvia Federici, *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (Traficantes de Sueños 2013), 257-258.

35 Obviamente esto no quiere decir que no valoremos la totalidad de la contribución de Federici al debate feminista marxista. Junto con el trabajo de Dalla Costa y James, *El poder de la mujer y la subversión de la comunidad*, los textos de Silvia Federici son seguramente los más interesantes del debate sobre “el trabajo doméstico” de los años 70. Lo que queremos criticar acá es una posición que actualmente es muy importante dentro del debate de los “bienes comunes” y que consideramos muy problemática.

36 “Surgimiento masivo y abrupto de una extrañeza que, si bien pudo serme familiar en una vida opaca y olvidada, me hostiga ahora como radicalmente separada, repugnante. No yo. No eso. Pero tampoco nada. Un “algo” que no reconozco como cosa. Un peso de no-sentido que no tiene nada de insignificante y que me

aplasta”. Julia Kristeva, *Poderes de la perversión. Sobre la abyección* (Siglo XXI Editores 1988), 8-9.

³⁷ Obviamente, en nuestros días hay algunos hombres, aunque pocos, que realizan una considerable parte del abyecto. Y conocen lo que muchas mujeres viven: *que el abyecto se pega a la piel*. Muchos de estos hombres, especialmente cuando terminan teniendo que realizar la mayor parte del cuidado de los niños, parecen de alguna forma estar atravesando un proceso de *castración social*.

CONTENIDOS

Notas introductorias	7
Advertencia de la traductora	15
LA COMUNIZACIÓN Y LA ABOLICIÓN DEL GÉNERO	17
I. La construcción de la categoría mujer	22
II. La destrucción de la categoría mujer	29
EL CIRCUITO BASADO EN EL GÉNERO: LEYENDO EL ARCANO DE LA REPRODUCCIÓN	35
La morada oculta	38
El trabajo doméstico y el ama de casa	41
El trabajo del amor	47
LA LÓGICA DEL GÉNERO	53
Presentación de una de las autoras	53
La lógica del género	57
1. Producción/Reproducción	58
2. Pagado/No-pagado	66
3. Público/Privado	70

4. Sexo/Género	79
5. La historia del género en el capitalismo: desde la creación de la esfera IMM a la mercantilización de las actividades determinadas por el género	82
6. Crisis y medidas de austeridad: el ascenso del abyecto	87
Notas.....	93

EXCURSOS

EL ROL DEL LUMPEN-PROLETARIADO EN CHILE (1970-1973)

[Fabiola Jara y Edmungo Magaña]

•

LA LÓGICA DEL GÉNERO Y LA COMUNIZACIÓN

[Endnotes Collective]

•

BARRICADAS A-GO-GO

APUNTES SOBRE LA ESCENA MUSICAL JAPONESA DE 1968 A 1977

[Julio Cortés]

•

HENRI LEFEBVRE Y LOS SITUACIONISTAS

[Entrevista]

2&3DORM

www.dosytresdorm.org / contacto@dosytresdorm.org

